



3

LA ESPIRITUALIDAD DEL INSTITUTO

CUATRO CONTEMPLACIONES



HERMANOS DEL SAGRADO CORAZÓN

CUADERNOS DE PREPARACIÓN
PARA EL BICENTENARIO 1821-2021

SEGUNDA ETAPA:
VIVIR EL PRESENTE CON PASIÓN

CUADERNO 3:
LA ESPIRITUALIDAD DEL INSTITUTO
CUATRO CONTEMPLACIONES

HNO. BERNARD COUVILLION

30 DE SEPTIEMBRE DE 2019

*Foto de portada:
Composición en base al logotipo del
capítulo general del año 2000*

INTRODUCCIÓN

LA VENTANA

EL HERMANO MAURICE

Este intento de delinear las facetas de nuestra espiritualidad que evoluciona hacia su tercer siglo, se inspira en el Reverendo Hermano Maurice Ratté¹. Fue él quien nos guio a una reorientación espiritual durante las décadas en las que los capítulos generales, tras fijar su mirada en el fundador y escuchar todas las voces del Instituto, redactaron y pusieron a prueba nuestra actual *Regla de Vida*. Maurice consagró los mejores años de su vida a orientar la conversión de nuestro Instituto hacia una espiritualidad apostólica, como respuesta a la decisiva acción de Dios en el ardiente corazón del Padre Andrés Coindre.

Mucho antes de sus tres sexenios en Roma, uno como primer consejero y dos como superior general, Maurice pasó allí el curso 1952-53, en un año sabático en el noviciado mayor²; durante el que se fijó como objetivo profundizar en la espiritualidad del Sagrado Corazón. Con la ventaja de estar en la casa general para indagar en los archivos, leyó todas las circulares sobre el Sagrado Corazón escritas por los superiores generales desde Andrés Coindre (1825) hasta el Hermano Albertinus (1948), para así poder inspirarse en cómo vivieron ellos nuestra espiritualidad.



*Hermano Maurice Ratté, superior general de 1970 a 1982,
impulsor de la conversión espiritual del Instituto en el
espíritu del Concilio Vaticano II*

Elegido más tarde como líder espiritual, primero por sus hermanos en Canadá y luego por todo el Instituto, entendió que era su responsabilidad ser una voz profética que llamara a la conversión en nuestra manera de abordar la devoción al Sagrado Corazón. Las enseñanzas del Concilio Vaticano II, su fuente de alimento espiritual aun cuando estaban en borrador, confirmaron y ampliaron sus convicciones interiores nacidas de la experiencia. En los archivos en Roma encontramos cartas que escribió incluso antes del Concilio, mientras era provincial en Canadá, en las que expresaba esta necesidad de conversión. Señaló a sus hermanos que la multiplicación de devociones, actos de piedad y oraciones recitadas corrían el riesgo de volverse fórmulas vacías, irrelevantes para su misión apostólica: “Porque pertenecemos a un instituto apostólico, nuestro deber de estado es encender directamente en los otros el fuego del amor de Dios para que no mueran de frío. Eso significa que nuestro programa de oración debe ser modificado de manera que facilite nuestras iniciativas apostólicas y evite la fatiga excesiva”³.

En el aniversario 157^o de la fundación del Instituto, escribió una circular⁴ cuyo subtítulo es “El Sagrado Corazón en nuestro Apostolado”. Un malentendido que el Hermano Maurice esperaba eliminar de nuestra espiritualidad era el doble enfoque que ponía la oración en un compartimento de nuestras vidas y nuestro ministerio en otro totalmente separado: “El amor de Cristo ha de pasar a través del nuestro de tal suerte que se confunda en un solo amor”⁵.

EL CONCILIO VATICANO II

Esta esperanza suya encontró eco en las enseñanzas del Concilio Vaticano II, en el decreto *Perfectae caritatis*⁶, sobre la unificación de la oración y de la acción: “Los miembros de cualquier instituto, buscando solo, y sobre todo, a Dios, deben unir la contemplación, por la que se unen a Él con la mente y con el corazón, al amor apostólico, con el que

*El Concilio Vaticano II (1962-1965)
promovió en la Iglesia la unificación
de la oración y la acción*



se han de esforzar por asociarse a la obra de la Redención y por extender el Reino de Dios”⁷.

En el contexto de la doctrina sobre la espiritualidad en la vida religiosa y en la Iglesia que prevalecía antes del Concilio, estas dos citas hacen una omisión extraordinaria y totalmente intencional: nosotros no somos el objeto de la contemplación ni de la intercesión. Vale la pena volver a leerlas con atención: no dicen nada sobre los beneficios de la oración para nosotros mismos. En cambio, presuponen un auto-vaciamiento, incluso en la oración, al llamarnos a contemplar el amor de Dios y las necesidades de los demás, para así encontrar el modo de servir de canal de comunicación entre ambos.

El Papa Juan XXIII deliberadamente eligió anunciar el Concilio Vaticano II en la Fiesta de la Conversión de San Pablo en 1958, parasubrayar que todo el Concilio debería ser una llamada a la conversión.

En concreto, ¿qué había en la espiritualidad de los años 60 que hiciera que la enseñanza de la Iglesia y del Hermano Maurice fuera una llamada a la conversión?

La promoción en la Iglesia de la devoción al Sagrado Corazón, con el tiempo, recayó en el ofrecimiento de indulgencias como incentivos o recompensas para aquellos que recitaran ciertas oraciones prescritas. Por ejemplo, las doce promesas a Santa Margarita María aseguraban un lugar en el cielo a aquellos que comulgaran nueve primeros viernes de mes de manera consecutiva. La proliferación de ese tipo de indulgencias promovió una cultura de “ganarse la gracia” para asegurarse un buen lugar en el cielo.

Entre los hermanos, este enfoque de las prácticas espirituales basado en el mérito, se había institucionalizado. Por ejemplo, a través de los años, diversos artículos del *Anuario* publicaron las oportunidades para ganar indulgencias -totales, parciales, unidas a oraciones... En un ejemplar se dedicaron nueve páginas a categorizarlas-, algunas de las cuales requerían que un artículo religioso específico fuera portado por quien buscaba la indulgencia⁸.

Las *Reglas y Constituciones* de los hermanos, en vigor en 1964 al inicio del mandato del Hermano Maurice en Roma, decían que: “El Instituto de los Hermanos del Sagrado Corazón es una sociedad de personas que viven sujetas a la misma disciplina, aprobada por la Iglesia, para ayudarse mutuamente a conseguir la felicidad eterna”⁹. La gracia debía ganarse. La motivación para la asistencia a Misa debía ser reforzada por el dolor de los pecados. Se prescribían actos de penitencia.

Se había conformado con el tiempo lo que podía llamarse una “espiritualidad del espejo”, frente al cual hacíamos obras y adoptábamos prácticas religiosas cuyos beneficios revertían en nosotros. Nos hacíamos santos a nosotros mismos. De modo que, para poder asegurar nuestro progreso en la santidad personal, nos mirábamos en la *Regla* como en

un espejo para compararnos con los ideales y virtudes que nos proponía: “Si guardas la *Regla*, ella te guardará”.

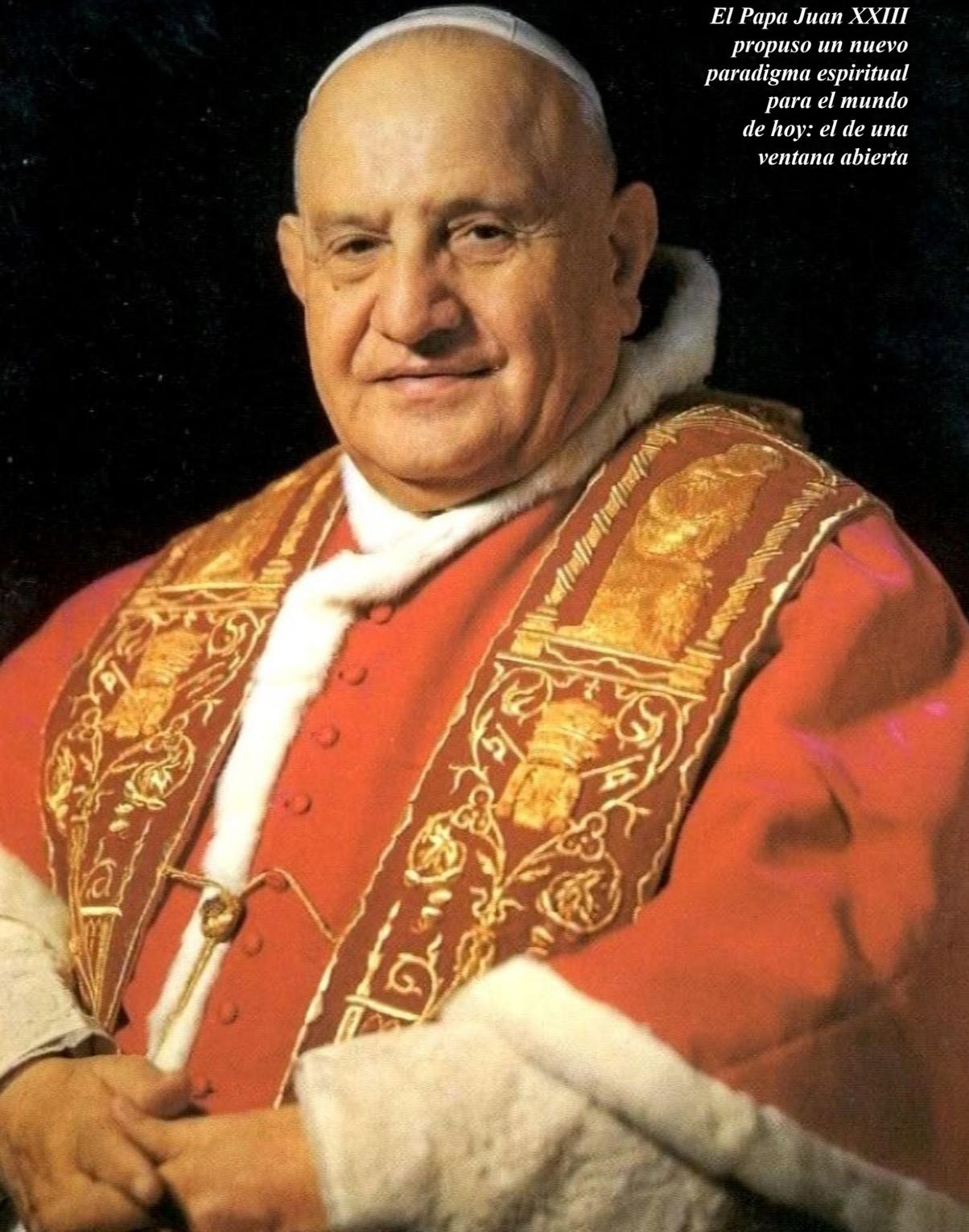
La Iglesia en 1964 llamaba a la vida religiosa “el estado de perfección”, y la *Regla* aprobada era nuestro camino a esa perfección. Una espiritualidad tan centrada en nosotros mismos revela que dudamos de nuestra salvación. Su raíz reside en la falta de confianza en la promesa de Dios de amor, santidad, perdón y vida eterna, que es “demasiado buena para ser verdad”.

La llamada del Vaticano II a la conversión, que desechaba la espiritualidad del mérito, tenía que ver con abandonar cualquier consideración sobre lo que podíamos obtener para nosotros mismos a través de nuestra piedad. Fue en *Lumen gentium*¹⁰, la constitución dogmática sobre la Iglesia, donde fue más enfático el desafío de abandonar la espiritualidad del espejo: “Los seguidores de Cristo, llamados por Dios no en razón de sus obras, sino en virtud del designio y gracia divinos y justificados en el Señor Jesús, han sido hechos por el bautismo, sacramento de la fe, verdaderos hijos de Dios y partícipes de la divina naturaleza, y, por lo mismo, realmente santos. En consecuencia, es necesario que con la ayuda de Dios conserven y perfeccionen en su vida la santificación que recibieron” (LG 40).

El sonido que podemos imaginarnos es el de un espejo siendo destrozado, y con él la *Regla* y todos los mandatos que ella absolutizaba. La Iglesia retiró su apoyo a los imperativos “salva tu alma” y “hazte santo”. Abolió la pedagogía de la culpa y el sistema de recompensas y castigos. Declaró obsoleta nuestra *Regla* y nos encomendó crear una nueva, en la cual todo fuera gracia.

Otro sonido surgía. Era el lamento de generaciones de católicos, entre ellos los hermanos, que crecieron siguiendo el mapa espiritual que los incentivaba a través del miedo, el mérito y las indulgencias; que ahora era descartado junto con el latín y el pecado de comer carne los viernes.

*El Papa Juan XXIII
propuso un nuevo
paradigma espiritual
para el mundo
de hoy: el de una
ventana abierta*



La conversión del sistema de méritos no fue fácil. El sonido de quienes hacían duelo era un lamento de resentimiento, por haberles dicho que habían estado toda su vida esperando en la fila equivocada.

Hay un tercer sonido: gritos de liberación de aquellos, entre ellos el Hermano Maurice, que habían estado esperando durante largo tiempo para disfrutar “la sublime e indefectible ‘libertad de la gloria de los hijos de Dios’” (Rom 8, 21) proclamada por el Papa Pablo VI¹¹.

Cincuenta años después de que *Lumen gentium* cambiara para siempre los principios de la doctrina de la Iglesia sobre espiritualidad, la Sociedad Teológica Católica de Estados Unidos presentó su síntesis de la llamada a la conversión espiritual del Vaticano II: “Dios está siempre atrayéndonos a una intimidad cada día más profunda, de una vida centrada en uno mismo a una vida guiada por Dios y a una forma de vida que abraza un amor de donación: ‘Ama a Dios con todo tu corazón’; ‘ama al prójimo como a ti mismo’”¹².

Una vez más nuestro ego no está en escena. La Iglesia nos pide que roguemos para convertirnos a una espiritualidad libre de la preocupación por uno mismo y del sistema de recompensas y promesas.

La Iglesia, afortunadamente, no nos dejó simplemente así: con fragmentos de espejo desperdigados alrededor de nuestros pies, sobre un suelo de mármol. Cambió el espejo por una ventana, con paneles de cristal transparente que nos permiten centrarnos en el otro. El día en el que el Papa Juan XXIII convocó el Concilio dijo: “Quiero abrir las ventanas de la Iglesia para que podamos ver hacia afuera y la gente pueda mirar hacia dentro”. Ese deseo tocó una fibra sensible. Más que todos los documentos teológicos con nombres en latín, la imagen de la ventana del Papa Juan se convirtió en el símbolo de la conversión de la Iglesia.

La ventana que permite ver hacia afuera y hacia dentro es el nuevo paradigma espiritual de la Iglesia para el mundo de hoy. Al presentar

la imagen de una ventana, el Papa Juan, intencionalmente, no proponía los arcos con vitrales de una catedral. En cambio, se refería a ventanas comunes, como las que a menudo están cerradas en los apartamentos papales. Quería que la Iglesia mirara a través de cristal transparente, el mejor para contemplar a la gente ordinaria a nuestro alrededor. El Papa Juan sostiene, para nuestra veneración orante, la luz del potencial divino en los corazones de nuestros contemporáneos. Nosotros fijamos nuestros ojos, oídos y corazones para contemplar “los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren”¹³.

El Hermano Maurice tomó su luz de la ventana del Vaticano II y promovió una década de diálogo a través de todo el Instituto; el cual llevó a una reescritura completa de la *Regla de Vida* durante los años setenta y ochenta. La llamada a la conversión de Juan XXIII dio al Hermano Maurice, que entonces tenía 55 años, una energía inagotable para promover la espiritualidad de la ventana como un nuevo enfoque de la espiritualidad del Sagrado Corazón. Escuchó a Jesús diciéndole: “Alza la vista y contempla a la Humanidad, a los pobres, a los sedientos de justicia; a los que van en busca de agua viva. Mira mi corazón: saca y llévalos esta agua vivificadora que apaga la sed para siempre”¹⁴.

LA CRUZ DEL CORAZÓN

Bajo su liderazgo, muchos hermanos en búsqueda de un signo distintivo para expresar su conversión comunitaria, empezaron a llevar una pequeña cruz de metal con un corazón abierto en su centro, diseñada por el Hermano Anicet Paulin del distrito de Australia.

Esa cruz rápidamente se expandió por Canadá y el Instituto como un emblema que recordaba el nuevo punto de referencia que la *Regla* señalaba para nuestra espiritualidad: el corazón abierto de Jesús en la cruz. Desde su diseño, esta cruz ha sido adaptada a diferentes culturas

*El Hermano Anicet Paulin
diseñó nuestra cruz
distintiva como signo de
la nueva espiritualidad del
Instituto*



por todo el mundo. En los Estados Unidos, la cruz del Hermano Anicet fue ligeramente modificada, pero su significado permaneció inalterado: el corazón abierto de Jesús es la ventana a través de la cual miramos a nuestros contemporáneos y las heridas de sus corazones.

Poco después, el capítulo general del año 2000 reunió en Roma a cincuenta y tres hermanos de treinta y tres países para unirse a la Iglesia en la celebración del Gran Jubileo. Al dar inicio al Año Santo, el Cardenal francés Roger Etchegaray¹⁵ evocó el corazón traspasado de Jesús en la ceremonia de apertura de la Puerta Santa de la basílica de San Pedro. Inspirado por esa ceremonia, nuestro equipo de preparación del capítulo general encargó un logotipo que expresara el tema del capítulo. En dicho logo, el corazón abierto de nuestra cruz crece hasta convertirse en la ventana del Vaticano II¹⁶. La cruz permanece, pero el contorno del corazón se expande para formar una ventana de cuatro paneles.

En nuestra espiritualidad de la ventana, queremos mirar a quienes nos rodean a través del corazón de Jesús abierto en la cruz.

A través del mismo, los miembros del capítulo contemplaron cómo responder a las necesidades de los niños y jóvenes pobres y sin esperanza en el umbral del tercer milenio. Hoy, la misma ventana nos puede ayudar a emprender cuatro contemplaciones esenciales para nuestra conversión espiritual.

Las podemos llamar “contemplaciones cardinales” porque son indispensables. *Cardinal* viene de la palabra latina utilizada para *bisagra*, como las de la ventana que abrió el Papa Juan XXIII. Nuestra espiritualidad se abre en cuatro contemplaciones a través de dicha ventana. Estas contemplaciones duran toda la vida, las podemos repetir a menudo y nos dan vida.

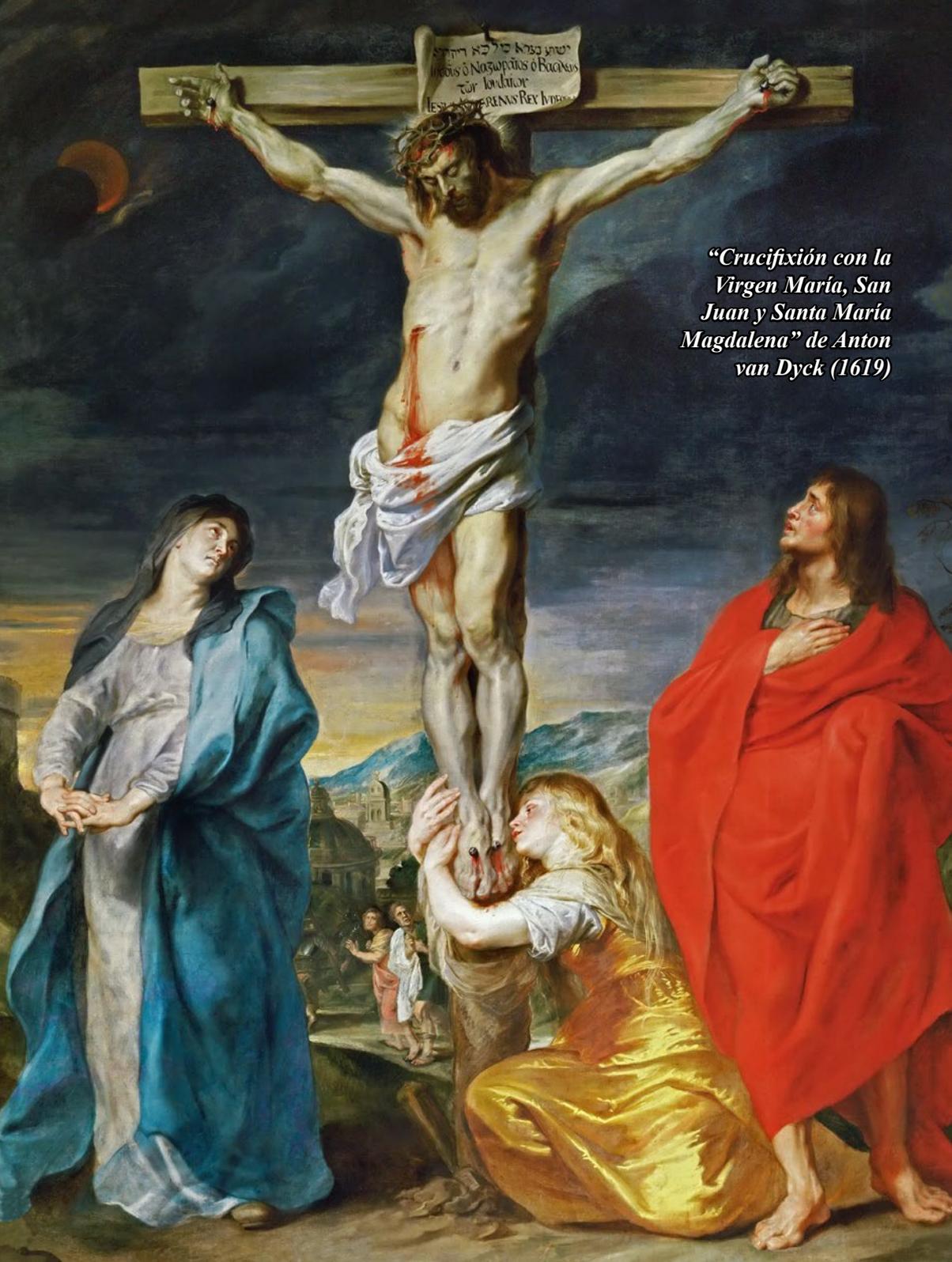
Ahora, con la ventana abierta del corazón de Jesús como nuestro punto de partida, emprenderemos cuatro contemplaciones cardinales, cruciales para nuestra espiritualidad. A partir de nuestros antecesores, que marcan nuestra identidad como instituto, desplegaremos los dos movimientos de la contemplación implícitos en las enseñanzas del Vaticano II y del Hermano Maurice: mirar más allá de nosotros mismos y salir para dar una respuesta.

1

LOS DISCÍPULOS AMADOS, JUAN Y MARÍA MAGDALENA

La primera contemplación que el Hermano Maurice hace en su circular sobre nuestra conversión espiritual abre una ventana a la escena del soldado traspasando el costado de Jesús. Nos pide que, con él, fijemos la mirada en quienes están al pie de la cruz¹⁷.

Comienza con el discípulo a quien Jesús amaba¹⁸. Juan había estado con Jesús en algunos de los momentos de mayor intimidad, lo había visto llorar por la muerte de su amigo Lázaro y descansó su cabeza en el pecho de Jesús, mientras estaban reclinados en la mesa en la última cena.



“Crucifixión con la Virgen María, San Juan y Santa María Magdalena” de Anton van Dyck (1619)

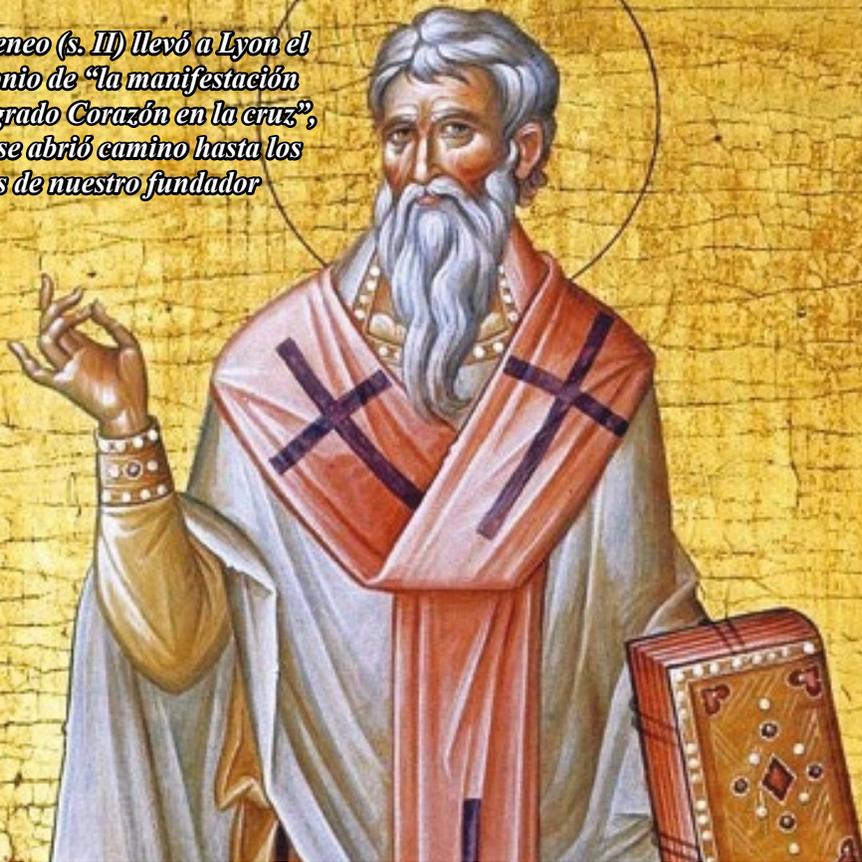
Miremos al discípulo amado interactuar con otra persona también amada por Jesús: María de Magdala o la Magdalena. Conocemos menos de ella que de él. Había sido discípula de Jesús desde el principio¹⁹. Durante siglos, los autores de textos espirituales la mostraron como una antigua prostituta al confundirla con la pecadora mencionada por Lucas. Sin embargo, desde 1969 la Iglesia sostiene que se trata de una persona diferente: una mujer de cierto estatus social y económico que viajaba con Jesús y sus discípulos ayudándoles con sus abundantes bienes. Para mostrar su importancia entre los discípulos, el Papa Francisco recientemente elevó su fiesta a la par de las celebraciones litúrgicas de los apóstoles²⁰.

Al contemplar la escena, también descubrimos quiénes no están allí: ni Pedro, ni Santiago, ni los Doce. Juan y María Magdalena son los únicos del grupo de Jesús con el coraje de permanecer cerca de él en su crisis de vulnerabilidad y vergüenza. Para poder hacerlo debieron vaciarse de miedo, duda y respeto humano. Vemos su resolución. Ellos representan a “todos los hombres y mujeres” (cf. *Regla de Vida* 3) que intencionalmente se acercan para ver cómo es “traspasado el costado de Cristo por la lanza”²¹.

LA MANIFESTACIÓN DEL SAGRADO CORAZÓN

Como testigo ocular de este acontecimiento histórico, Juan proclama que lo que ha visto realmente sucedió; las palabras iniciales de su primera carta son un testimonio directo²³. Los dos discípulos amados vislumbraron vida eterna en esta “manifestación del Sagrado Corazón en la cruz” e hicieron de la misma una parte central del anuncio de salvación, dirigido y llevado a cabo por los discípulos de Jesús a través de los tiempos.

San Ireneo (s. II) llevó a Lyon el testimonio de “la manifestación del Sagrado Corazón en la cruz”, donde se abrió camino hasta los escritos de nuestro fundador



Nuestro Instituto puede considerarse descendiente directo del anuncio de Juan de la “manifestación del Sagrado Corazón en la cruz”. Policarpo, Obispo de Esmirna, un contemporáneo del discípulo amado, conoció personalmente a Juan y a su comunidad cerca de Éfeso. A menudo oyó a Juan predicar sobre la realidad histórica de la manifestación del Sagrado Corazón.

San Policarpo pasó este mensaje a su discípulo San Ireneo quien, a su vez, lo llevó a Lyon al ser nombrado obispo. Como tal, cuando tenía unos cuarenta años, cita el anuncio de Juan en una carta escrita antes del año 200 DC²⁴. De modo que Ireneo dio testimonio de la “manifestación

del Sagrado Corazón en la cruz” en Lyon, donde se abrió camino hasta las notas de predicación de Andrés Coindre²⁵.

¿DEVOTOS O DISCÍPULOS?

La aspiración de todo devoto es estar cerca de Jesús, absorto en la contemplación del misterio de su total auto-vaciamiento. Pero, si hay algo totalmente claro en los escritos del Hermano Maurice, es que ser un devoto no es suficiente. Nuestra respuesta debe convertirnos en discípulos amados del Sagrado Corazón.

¿Qué significa responder como discípulo? Hay cristianos que muestran su devoción con artículos de joyería -como nuestra cruz distintiva-, con oraciones, retiros y devociones, e incluso manifestando públicamente su adhesión; pero sin hacer la opción sacrificial de vivir sus vidas con, como y para Jesucristo en su misión salvífica.

Hacer el viaje espiritual con el Hermano Maurice requiere discípulos, no meros devotos. Los discípulos son como aprendices en relación al maestro artesano. La opción de ser discípulo implica un riguroso y disciplinado proceso de crecimiento, hasta el punto de perpetuar el legado vital del maestro. Cada paso de crecimiento nos lleva al siguiente nivel. El maestro encomienda a su discípulo completar el trabajo que él empezó, confía en que se mantendrá inspirado por los ideales y la belleza original que él ha introducido en el mundo.

En el estreno de la ópera *Turandot* en La Scala de Milán en 1926, dos años después de la muerte del gran compositor Puccini, el director Arturo Toscanini detuvo la ejecución al final del tercer acto. Bajó su batuta, se volvió hacia el público y dijo sin rodeos: “Aquí terminamos la ópera. En este punto el maestro murió”. Con su gesto categórico, el director quería honrar al gran compositor de quien era un devoto entusiasta. No se escucharon las dos escenas finales escritas por Franco Alfano, a quien

el moribundo maestro le había directamente encomendado completar la obra según sus orientaciones.

Después de cincuenta y seis años de representación de esta ópera en todo el mundo con el final truncado de Toscanini, un erudito desenterró y llevó a escena el final original de Turandot, escrito por Alfano, a quien Puccini había escogido personalmente. Los críticos lo elogiaron: “Esta versión original es más rica, más grandiosa y, en conjunto, más satisfactoria”²⁶.

Toscanini era un devoto, Alfano era un discípulo cuya contribución aún vive después de generaciones. Nuestro trabajo apostólico como discípulos nos ha sido encargado por el Maestro, que quiere que confiemos en nosotros mismos y en nuestros dones. Como discípulos, si permanecemos unidos de corazón a Jesús, podemos ser fieles a su inspiración y prolongar con eficacia su noble misión.

Para señalarnos a los verdaderos discípulos, Maurice nos llevó al pie de la cruz. Los otros, devotos, perdieron la inspiración. De la cruz, como Toscanini, dijeron: “Aquí es donde murió el maestro”. Afortunadamente allí, junto a la madre de Jesús, permanecieron aquellos que hicieron la opción de ser discípulos más allá de la muerte: Juan y María Magdalena, quienes aceptaron la tarea de proclamar su auto-vaciamiento y de llevar su misión al mundo.

En la medida en que nos convertimos de devotos en discípulos, necesitamos aprender de ellos y pedirles que rueguen por nosotros, para que lleguemos a ser discípulos como ellos. Rezar y cultivar la identidad de discípulos como ellos lo fueron es el núcleo del mensaje del Hermano Maurice. Él llama a nuestra espiritualidad “discipulado del corazón”. Pidamos que se nos dé un corazón de discípulo que crezca, como el de Juan y María Magdalena, desde una “experiencia de una amistad profunda con Cristo”²⁷. Expresamos nuestra espiritualidad no sólo en



Una parte esencial de nuestra misión es anunciar a los niños y jóvenes nuestra fe en la resurrección. Sesión bíblica en Senegal

los momentos de oración, sino también en el calor del servicio activo en nuestra misión.

PROCLAMAR LA RESURRECCIÓN

Después de que Nicodemo deposita a Jesús en la tumba y mientras los antiguos discípulos estaban paralizados por el miedo, nosotros continuamos contemplando a los dos verdaderos discípulos²⁸. Así como estuvieron junto a la cruz, también son los primeros en acudir a la tumba, donde Jesús resucitado espera con tierna paciencia a María Magdalena. Antes del amanecer, ella se levanta con una sola cosa en mente: buscar su cuerpo maltratado y confortarlo con bálsamo. Ver la tumba abierta y vacía la desconcierta: ¡Ha sido robado! ¡Profanado! Entonces, al oír

“María”, pronunciado en el tono de voz que ella tan bien conoce, cae de rodillas e intenta rodear con sus brazos las piernas de Jesús.

Después de eso, todo es carrera y euforia. Se apresura para encontrar a los otros: “He visto al Señor”. Juan, que saca ventaja a todos los demás corriendo, es el primer hombre en llegar a la tumba y el primero entre ellos en creer lo que María Magdalena gritaba: ¡No lo han robado, ha resucitado! Algo en la convicción de la voz de la mujer y en la manera en que los lienzos están dispuestos lo convence: ¡Ha resucitado! Además, los ladrones de tumbas no dejan las vendas.

¿Qué nos enseña esta contemplación sobre cómo responder? Primero, identificarnos como herederos de Juan y María Magdalena, como discípulos amados que constantemente mantienen ante sus ojos, como punto de referencia, el corazón traspasado del que fluye el amor de Dios. En segundo lugar, tomar la resolución de convertirnos en fuente de la que brote agua viva.

En un sentido, el agua viva es perdón. Juan y María escucharon el encargo de Jesús resucitado de perdonar a otros en su nombre²⁹. En consecuencia, ellos perdonaron a los otros discípulos que huyeron, que repudiaron a Jesús, que se escondieron, que dudaron, que lo traicionaron, que regresaron a la mentalidad de “cada uno para sí mismo”. El perdón es un acontecimiento de salvación que funciona en dos sentidos: nosotros bebemos de la consolación de haber sido perdonados y perdonamos a otros en nombre de Jesús.

Como dice la oración diaria de la Iglesia: la conciencia de nuestra salvación viene del perdón de nuestros pecados³⁰. No sabemos que hemos sido salvados hasta que experimentamos el perdón. Nada difunde el agua viva de la salvación entre los niños y jóvenes más eficazmente que el perdón. Nosotros los corregimos, los hacemos enmendarse, formamos su sentido de lo correcto y, entonces, los perdonamos. Esos pasos son actos de salvación, agua viva. La experiencia del perdón es

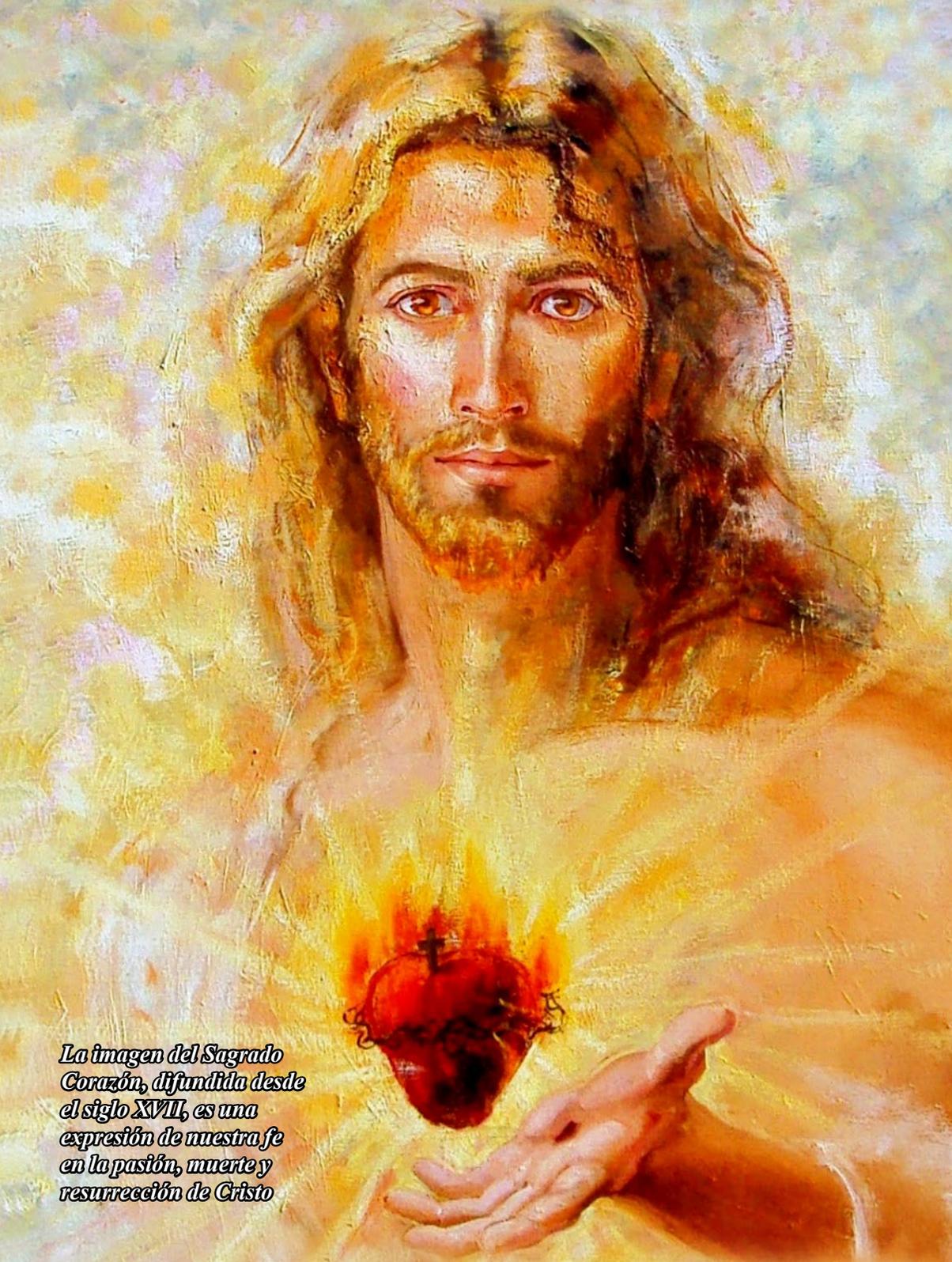
el comienzo de la conciencia en los niños y jóvenes de la salvación de Dios. Nos necesitan para esa toma de conciencia. El Señor nos necesita para darles esa conciencia.

Como discípulos amados, también respondemos de un segundo modo: transmitimos la visión de vida eterna de la que fueron testigos Juan y María, mientras seguían la lanza con su mirada. Proclamamos su buena noticia. Como hemos visto, nuestra cruz distintiva es una manera de proclamar la centralidad de “la manifestación del Sagrado Corazón en la cruz” en nuestras vidas. Esa cruz expresa el auto-vaciamiento de Jesús en el Gólgota. Pero nuestra contemplación de María y Juan va más allá del Gólgota, hasta la escena en la que los discípulos amados proclaman a gritos que Jesús ha resucitado del sepulcro.

Una parte esencial de nuestra respuesta es anunciar a los niños y jóvenes nuestra fe en la resurrección, que significa que el mundo está bajo la influencia de Cristo resucitado. Como los discípulos amados, creemos que Jesús resucitado es el Nuevo Adán, que nos involucra a nosotros y a la humanidad entera en su destino de novedad³¹.

LA IMAGEN PROPUESTA POR JUAN EUDES

Como no es nuestra vocación ser predicadores o ministros de los sacramentos, una manera en la que podemos proclamar la resurrección a los niños y jóvenes es a través de imágenes. Podemos presentar imágenes del Sagrado Corazón como apariciones de Jesús posteriores a la resurrección. En el siglo XVII, en Francia, Juan Eudes³² se imaginó el poder de tales imágenes. Promovió la primera versión de un icono de Jesús con sus brazos elevados en bendición y con el corazón traspasado visible en su pecho. Margarita María conocía esta imagen, como también la conocía la Hermana María del Divino Corazón, una mística en la tradición eudista. Todos hemos visto variaciones de esta imagen en



La imagen del Sagrado Corazón, difundida desde el siglo XVII, es una expresión de nuestra fe en la pasión, muerte y resurrección de Cristo

forma de estatuas, pinturas y carteles que consiguieron mucha difusión en la escuela francesa de espiritualidad y más tarde en el mundo entero. Han inspirado a artistas y escultores de muchas culturas. Una de esas imágenes está en la portada de la circular del Hermano Maurice.

El corazón exterior es importante en la espiritualidad de Juan Eudes. Puede sernos útil mirarlo como él lo hizo. Él creía que el verdadero misterio del corazón es interior pero, como no era un místico contemplativo sino un misionero activo, era realista. Lo que él vio en la imagen son dos corazones, uno exterior y otro interior: “En el interior hay un permanente estado de disponibilidad que, sin embargo, siempre se expresa a través de gestos y acciones exteriores, de manera temporal y cambiante. El corazón interior genera iniciativas de amor activo para expresar su riqueza inagotable. De este modo, el discípulo amante puede morar dentro de este doble corazón que se expande, arraigándose en un hogar duradero -una forma de ser-; mientras forja hacia afuera modos de vivir el misterio interior, a través de la acción exterior -una forma de hacer”³³.

El icono de Juan Eudes de Jesús, con un corazón interior y otro expuesto, es una innegable proclamación de la resurrección. Anuncia que el Señor Resucitado está aún presente en el mundo. Lo que el corazón exterior añade es un recordatorio de que la resurrección de Jesús no sucedió sin su pasión, sus heridas y su muerte. También enfatiza cuán central para nuestra salvación fue la manifestación visible del Sagrado Corazón en la cruz.

2

ANDRÉS COINDRE Y EL HERMANO JAVIER

Comenzamos nuestra segunda contemplación cardinal mirando al Hno. Javier³⁴ en su escritorio en el Pío Socorro, la providencia para jóvenes en riesgo que Andrés Coindre fundó en el barrio de la Croix-Rousse de Lyon. El joven sacerdote se apoyó en gran medida en Javier, primero como laico y después como hermano. Tan cautivado estaba este por la visión carismática y las esperanzas del fundador, que llegó él mismo a personificar la misión del Pío Socorro. El Hermano Javier era el discípulo amado del fundador.

Después de pasar veintiún años inmerso en la obra que era el “corazón visible” de nuestro fundador, es él quien, como el discípulo amado Juan,



*Nuestro Instituto nace de
la imaginación profética
de su fundador, el
Padre Andrés Coindre*

toma el rol de testigo–evangelista. El proyecto global del Pío Socorro, que Andrés había sostenido con su propio dinero, inspirado con su visión espiritual original y por el que había sacrificado su propia salud, está en peligro de colapsar debido a la agitación obrera y a las incertidumbres financieras. Javier quiere dejar testimonio e inmortalizarlo. Comienza sus memorias con estas palabras: “En 1817, el señor Andrés Coindre, viendo que los hospitales y las prisiones de Lyon se llenaban de muchachos, tomó la decisión de fundar una casa para recogerlos y apartarlos del peligro”³⁵.

Lo que Javier hace es extraordinario. Describe la vivencia de Andrés de la espiritualidad de la ventana. Está contemplando a Andrés en el acto de contemplar a los jóvenes que languidecían en los hospitales y prisiones de Lyon. En nuestra primera contemplación cardinal, miramos los días finales de Jesús en Jerusalén a través de los ojos de los discípulos amados. Ahora vamos a atravesar Lyon para

contemplar a nuestro fundador a través de los ojos del discípulo que mejor lo conocía y el primero en amar su visión.

Los Hermanos franceses Jean-Pierre Ribaut, experto editor junto a Guy Dussault de la edición crítica en cinco volúmenes de los escritos del Padre Coindre, René Sanctorum, en su texto “Nacidos en la Prisión”³⁶; y antes que ellos Jean Roure, en su cronología ilustrada³⁷, continuaron y profundizaron la contemplación iniciada por Javier. Ellos, junto con los Hermanos españoles Jesús Ortigosa y José Luis Gómez y los Hermanos canadienses Guy Brunelle y Louis-André Bellemare, añadieron detalles decisivos, que sólo pudieron descubrirse mediante una intensa investigación orante fundada en la contemplación.

LA MIRADA CONTEMPLATIVA DE ANDRÉS COINDRE

Miremos al sacerdote de treinta y tres años subiendo a un púlpito elevado para predicar, como atestiguaron sus superiores, “con talento excepcional”. Esto lo hizo incontables veces, con resultados sobresalientes. Su prédica tenía un toque teatral, como muestra el informe de un teniente en servicio: “Repentinamente se saca la sobrepelliz diciendo que no es digno de vestirla, se pone una soga alrededor de su cuello y declara que lo que él se merece es la vergüenza. Sosteniendo con una mano el extremo de la cuerda y una vela en la otra, realiza una oración apropiada a la ocasión. Las hermanas y los administradores de la prisión presentes sostienen velas también. Uno de los prisioneros, condenado a cadena perpetua, comienza a llorar y gemir, otros son arrastrados por su ejemplo. Incluso las hermanas se dejan llevar”³⁸.

Después de ese sermón, un sacerdote compañero de Andrés, que fue testigo ocular, escribió a su superior en común para informar lo que nadie más había notado: “Coindre estaba sufriendo dolores punzantes de gota, hasta el punto de ser incapaz de caminar. (...) Se necesita

Hospicio de L'Antiquaille, un lugar clave en la relación de Andrés Coindre con los jóvenes encarcelados



magnanimidad y coraje para estar con esos desafortunados prisioneros, que muchas veces están amargados y rebeldes. También requiere tacto y aptitudes especiales que no le son dadas a todo el mundo”³⁹.

La sensibilidad y la contemplación de Andrés hacia la situación de los prisioneros aumentaba a medida que iba visitando con regularidad los centros de reclusión de Lyon. Lo que especialmente cautivaba su mirada y llenaba su corazón era el número de jóvenes encarcelados junto a quienes llamaba “hombres perversos”. No había celdas, los prisioneros de todas las edades vagaban por grandes salones y patios. Dormían sobre paja, cubiertos con trapos andrajosos, y pasaban el día en la ociosidad. Registros de ese período muestran que había 155 niños menores de doce años en el Hospicio de Caridad; también había 20 muchachos y 180 hombres detenidos en la prisión de San José.

Andrés sentía una compasión urgente por los muchachos, especialmente por los más jóvenes: “Necesitan una atención personal para restaurar su dignidad. Son culpables a una edad a la que se es más temerario que incorregible. Necesitan estar rodeados del bien y separados de la contaminación que los rodea”⁴⁰.

El 2 de junio de 1817 visitó el hospicio de L’Antiquaille; ese día contempló algo que le cambió la vida. Lo describe en uno de sus sermones: “Veo en las grandes ciudades del reino a jóvenes sencillos que dirigen sus pasos hacia una prisión. Los reconozco con ese aire serio, ese porte sosegado, ese rostro alegre y esa frente serena que les distinguen y que constituyen un contraste tan chocante con la cara horrible de nuestros jóvenes incrédulos... Se acercan. Los cerrojos se abren con un gran ruido; se abre un calabozo oscuro. Oigo los ruidos de las cadenas que se remueven y veo a un infortunado tendido en la paja, levantando sus grilletes; y creía quizás que era la visita del severo guardián que está obligado a mantenerle en el tormento. Aborrecía su presencia. Pero se percata de que son los ángeles de paz quienes lo visitan. Entonces la alegría renace en su rostro. La vida fluye por sus venas, sonrío, espera, tiene un momento de dicha. Besa la mano de sus bienhechores y siente pena cuando los ve marcharse. (...)”⁴¹.

La mirada atenta de Andrés hacia los sufrientes prisioneros, cambia al contemplar a un grupo de jóvenes laicos. Descubre que estos “ángeles de paz” son miembros de una asociación laical, un grupo liderado por un banquero llamado Benoît Coste. Esta asociación, con un estatuto aprobado por la Iglesia, maravilla al administrador de la prisión. Con el paso del tiempo, la Real Sociedad de Prisiones pide a algunos de sus miembros que formen una comisión consultora permanente. A uno de ellos, al Sr. Forcrand de l’Isle, dueño de una propiedad en la ciudad, se le pide que dirija esa comisión.

Más tarde, Andrés quedó impresionado por una de las mejoras que Coste y Forcrand de l'Isle le mostraron: una gran sala para jóvenes menores de dieciséis años donde veinte de ellos estaban ocupados en diferentes tareas bajo la supervisión de un prisionero, un condenado, cuya actitud era apropiada para ese rol. Además de lecciones de religión dadas por el capellán, los domingos recibían instrucción de jóvenes, hombres y mujeres, que los visitaban. Tenían buenas intenciones, pero Andrés vio que el método de martillarles el catecismo de manera rutinaria necesitaba ser suavizado.

LA EMPATÍA

Andrés se sintió movido a la admiración y a la consolación. Vio nuevas posibilidades. Sí, en las prisiones había hombres “corrompidos hasta los huesos”, en palabras del Sr. Coste, pero la mirada atenta de Andrés descubre jóvenes que simplemente estaban perdidos, cuya debilidad, hambre o sentimientos desordenados los habían conducido a cometer su primer crimen. Descubre niños sin ningún soporte familiar ni disciplina. En Coste y los demás miembros de la asociación de laicos Andrés encuentra almas gemelas que creen que la esperanza en la transformación de estos niños presos nunca debe perderse.

Ese día en l'Antiquaille, la fe de Andrés en el poder divinizador del bautismo se funde con los sentimientos de empatía que le llegan desde el corazón de Dios. Una especie de imaginación profética se despierta. Arde en celo. ¿No se les podría dar a los niños maestros de verdad que pudieran enseñarles a leer, escribir y calcular, y que les dieran instrucción moral? ¿No se les podría liberar de la vagancia y el vicio si aprendieran un oficio honesto? ¿No se les podría sacar de la prisión y llevarles a un lugar donde se les diera refugio y un empleo útil?

La formación que Andrés recibió en el seminario lo había puesto en contacto, a través de los Padres Sulpicianos, con la escuela francesa

de espiritualidad. Su principal referente, el Cardenal Bérulle, había insistido en la misión de la Iglesia hacia los más pobres: “Cada vez que hicieron esto con uno de mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicieron” (Mt 25, 40). Pero los superiores de Andrés en el clero, celosos de que “se consagraba por entero a las obras de piedad, sobre todo en las prisiones”, se lamentaban entre ellos de que estaba “desperdiciando en pequeños proyectos un talento excepcional para la predicación”⁴².

UNA OPCIÓN PROFÉTICA

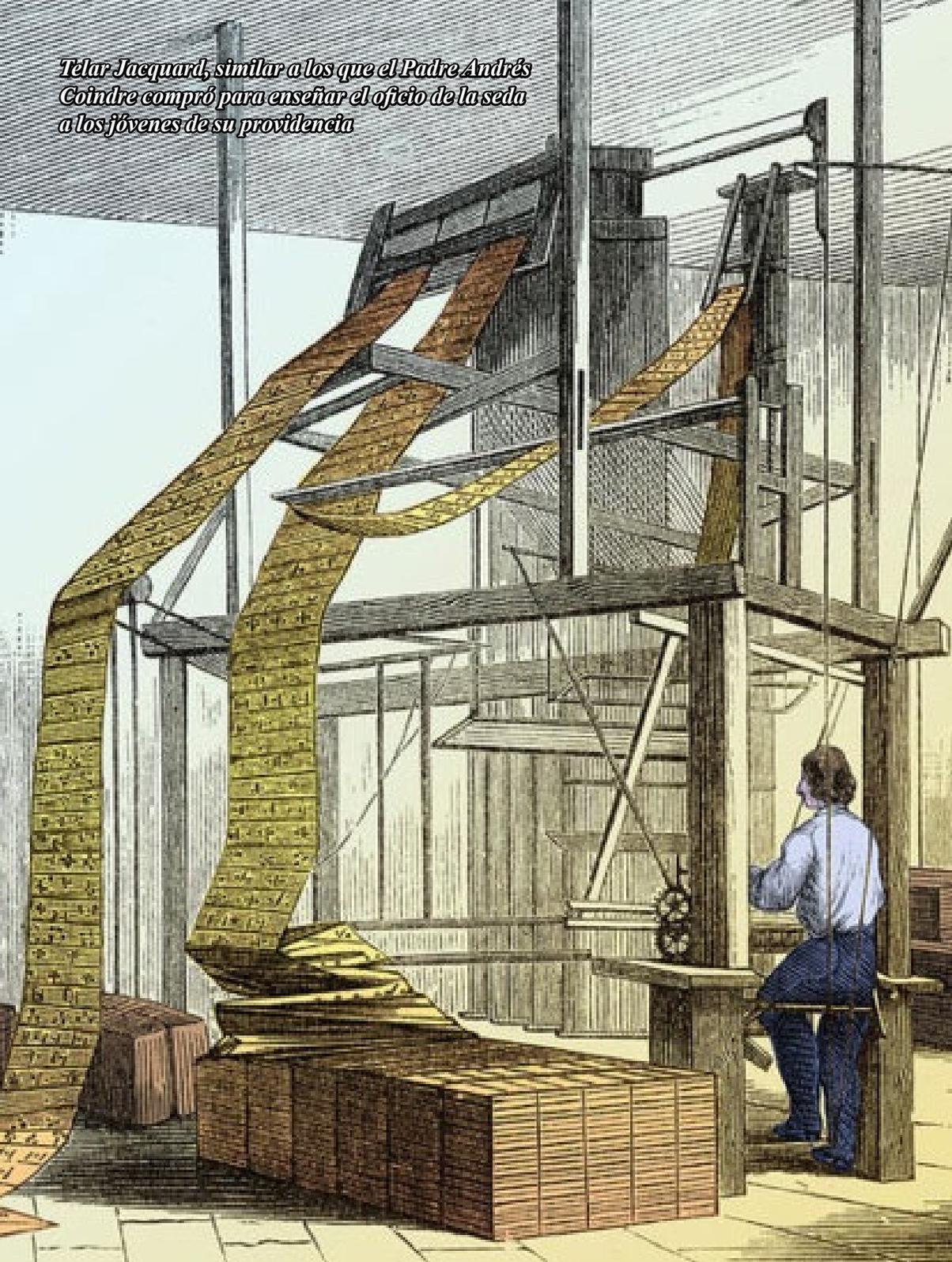
Andrés quedó atrapado en un dilema. Su corazón estaba en un tira y afloja entre la lealtad a sus tareas como sacerdote y su compasión, alimentada por una cita de Jesús que lo perseguía: “He venido a traer fuego a la tierra; y cómo quisiera que ya estuviera ardiendo” (Lc 12, 49). Resolvió su dilema con un acto de total auto-vaciamiento: dedicar cada momento libre que le dejara su ministerio a rescatar a cuantos niños pudiera y encontrar el dinero y las personas para ello.

Después de dos intentos en diferentes ubicaciones, encontró el Pío Socorro. Reunió a los líderes de la asociación de laicos y de la comisión de la cárcel en una asamblea de benefactores y colaboradores para administrar su obra. Esa fue una decisión audaz y profética. Implicaba comprar un taller de seda y contratar a Guillaume Arnaud como capataz. Llamaron a esta nueva aventura una “providencia”: un refugio para brindar una segunda oportunidad y una escuela para la vida.

Este proceso por el cual Andrés llegó a su segunda vocación de ser un defensor de la juventud sin esperanza revela cuatro movimientos de la espiritualidad que nos ha legado. Primero entra en el mundo de los marginados, luego los contempla con atención; en tercer lugar, como los profetas, se llena de los sentimientos de Dios de compasión y empatía y, finalmente, actúa con decisión profética.

No se contenta con simples gestos humanitarios para solucionar una necesidad inmediata; busca una solución definitiva a largo plazo. Al

Telar Jacquard, similar a los que el Padre Andrés Coindre compró para enseñar el oficio de la seda a los jóvenes de su providencia



principio, intenta ubicar a los jóvenes liberados de prisión en las escuelas que ya existían, pero las puertas de los “establecimientos respetables” se les cierran. Están dirigidos por adultos que no se quieren hacer responsables de ese tipo de niños de la calle, consideran que “tienen el delito en su ADN” y que son “intransigentes”. Andrés no mira a los muchachos de esa manera y cree que Dios tampoco. Formula una pedagogía basada en la confianza en las posibilidades de su bautismo y de su innata dignidad humana.

Hoy ubicamos la iniciativa de Andrés Coindre entre las obras de justicia porque fue más allá de la beneficencia que ofrecían los “ángeles de paz” y bajó a las raíces de un sistema injusto que necesitaba ser transformado a la luz del Evangelio. Sí, Andrés fue conmovido por quienes rescataban a los jóvenes en la prisión, pero se entregó a sí mismo en la búsqueda de soluciones preventivas. Creó una institución para rescatar a los jóvenes de la ociosidad e ignorancia, para mantenerlos fuera de la cárcel en primer lugar. Inspirado por la asociación laical, él, como apóstol de la esperanza cristiana, hizo una contribución única a la reforma del sistema penal francés y a las vidas de los niños detenidos.

Movamos ahora nuestra mirada contemplativa fuera de Lyon, hacia los pueblos de provincia donde Andrés y su equipo misionero predicaban misiones parroquiales. Ahí comienza a estar preocupado por el lamentable deterioro, posterior a la revolución, de las escuelas primarias en los pueblos. Los niños de clase media en las ciudades tenían al menos algunas oportunidades de educarse, pero los niños del campo no, a menudo reclutados para las tareas agrícolas, no podían leer ni escribir. Donde había escuelas, los alumnos sufrían la violencia de maestros sin escrúpulos, con poca educación y menor paga.

Andrés comenzó a trabajar con los párrocos de los pueblos para formar un sistema escolar basado en la fe y nacido de su espiritualidad: mirar con los ojos de Dios las injusticias sufridas por los niños, sentir los latidos del corazón de Dios por ellos y actuar con decisión para realizar un cambio en el sistema. Fundó y dotó de educadores a una impresionante red de escuelas en pueblos que habían perdido la esperanza a causa



Como Andrés Coindre buscamos soluciones a largo plazo a las injusticias del mundo. Jóvenes de Lagunas, Perú, se manifiestan en el aniversario de la encíclica “Laudato Si” del Papa Francisco

de su fe vacilante o de la precariedad económica. Con sólo cincuenta hermanos, la mayoría de los cuales había reclutado personalmente, abrió doce escuelas en tres años.

Denunciar el mal y la injusticia e imaginar una alternativa más humanizadora y llena de esperanza es el trabajo de un profeta. El capítulo provincial de 2017 de Estados Unidos, adoptó una declaración central: llamó a la provincia a contemplar a quienes están en la periferia. Al hacer esto, les pidió a los hermanos de la provincia y a los colaboradores laicos que siguieran el movimiento espiritual de nuestro fundador. No fue fácil para él, pero, a pesar de las presiones de sus superiores para que abandonara sus “pequeñas obras” en favor del ministerio sacramental, nunca eligió entre una cosa o la otra. Él alimentó los dos fuegos que el Señor había encendido en su corazón apasionado, aunque esto le implicó consumirse en una muerte prematura y humillante, para nada

diferente de aquella de la que fueron testigos, lloraron y proclamaron los discípulos amados de nuestra anterior contemplación.

NUESTRA CONTEMPLACIÓN

En esta contemplación hemos mirado al Hermano Javier redactar la primera línea de sus memorias: “En 1817, el señor Andrés Coindre, viendo que los hospitales y las prisiones de Lyon se llenaban de muchachos, tomó la decisión de fundar una casa para recogerlos y apartarlos del peligro”. A partir de esa frase podemos volver a aprender cómo contemplar a la manera de nuestro fundador quien, inspirado en la escuela francesa de espiritualidad, oró en dos movimientos, cada uno de ellos con pasos progresivos:

MIRAR con nuestro corazón:

1. Contemplación a través de la ventana: mirar con atención a los jóvenes de la periferia.
2. Empatía: pedir al Espíritu que ponga en nuestro corazón los sentimientos de Dios por aquellos a quienes miramos.

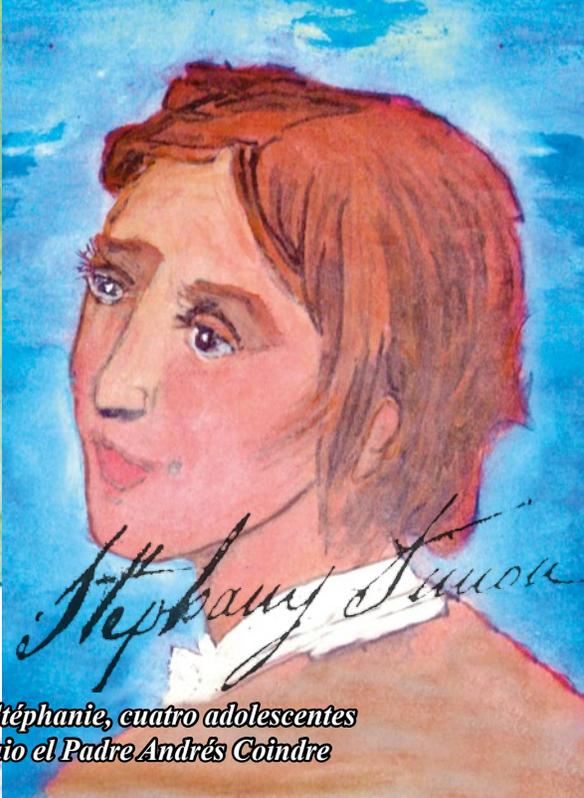
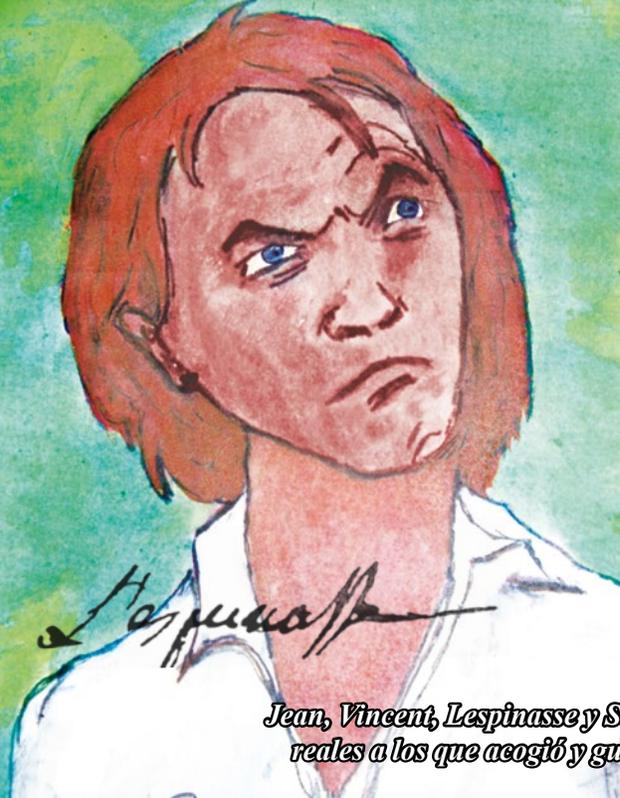
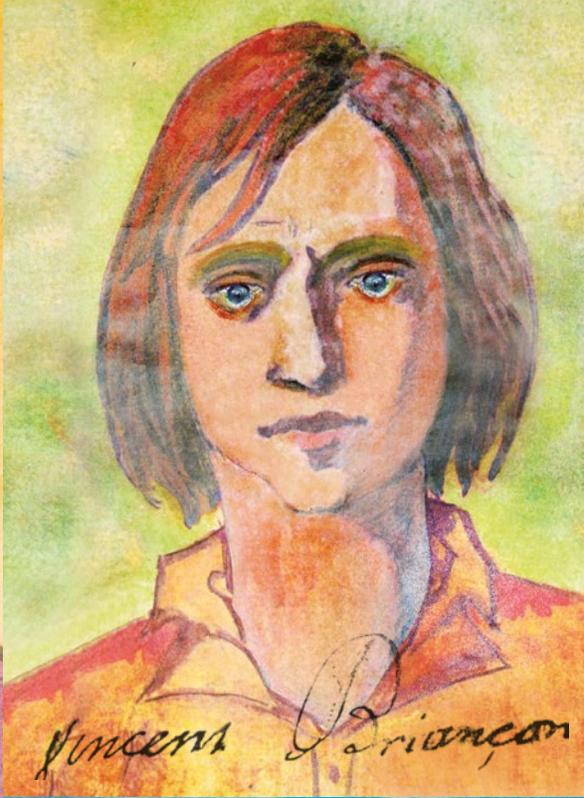
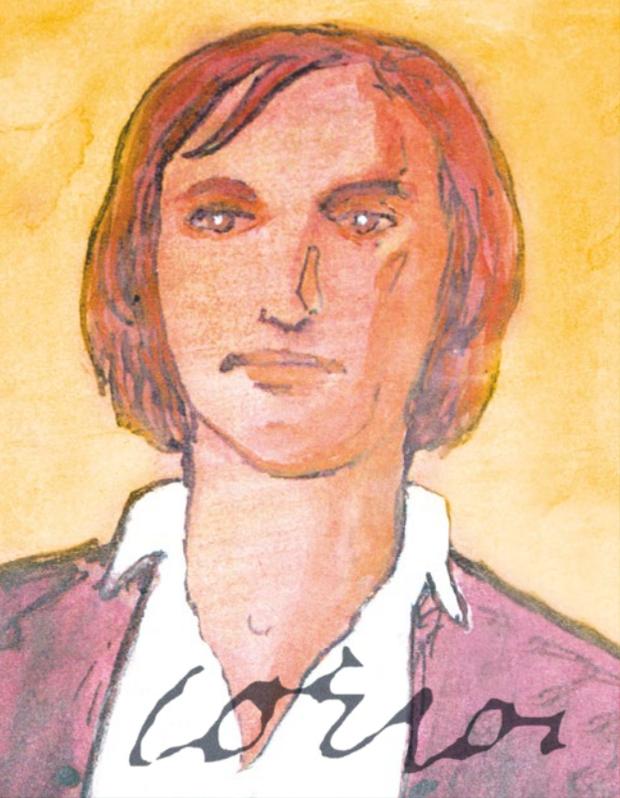
ACTUAR con nuestros dones:

3. Salir: entrar en su mundo para encontrarlos cara a cara y hablar con ellos corazón a corazón.
4. Decidir: con imaginación profética, considerar cómo responder en colaboración entre laicos y religiosos.
5. Invertir: comprometer tiempo y dinero para poner en movimiento los dones de las personas que apoyan la iniciativa.

3

JEAN, VINCENT, LESPINASSE Y STÉPHANIE

Para la tercera contemplación cardinal a través de la ventana de nuestra cruz, viajamos en el tiempo hasta 1818, en Lyon. Desde el río Saona subimos por un sinuoso camino para llegar al barrio de la Croix Rousse. Llegamos a una sólida muralla, pegada al Fuerte de San Juan, que una vez protegió un gran monasterio cartujo, cuyas tierras fueron parceladas y convertidas en fincas y negocios privados. La parcela de la esquina más cercana al fuerte es nuestro destino. Andrés Coindre ha establecido allí un taller de seda, la piedra angular de su sueño para los muchachos encarcelados. Compró la propiedad junto con su padre a un comerciante de seda, dadas las posibilidades que ofrecían sus siete telares industriales, del tamaño de una habitación, con un equipamiento ideal para que los muchachos aprendieran el oficio de la seda de Lyon.



Jean, Vincent, Lespinasse y Stéphanie, cuatro adolescentes reales a los que acogió y guió el Padre Andrés Coindre

CONSTRUIR UN SANTUARIO

La última línea del artículo 6 de la *Regla de Vida* habla de nuestra visión de “la edificación de la ciudad terrena de tal manera que tenga su fundamento en Cristo y en él sea regenerada”. Estamos aquí para contemplar el primer establecimiento inspirado por esa visión de una ciudad terrena regenerada en Cristo que el capítulo general de 2006 llamó “el santuario de nuestra misión” (*N. del T.: la palabra santuario en inglés tiene la connotación de un lugar de refugio*).

Andrés nombró a este innovador santuario Pío Socorro, nombre que hace referencia a una ayuda que proviene o está inspirada por Dios. Este nombre es perfecto para resumir nuestra espiritualidad de dos movimientos. La primera palabra, un adjetivo, nos describe en relación con Dios. La segunda palabra, ¡Socorro!, el grito de una persona necesitada, provoca nuestra respuesta. Nosotros, salvados, nos acercamos a otros para salvarlos. Agradecidos, damos gratis lo que recibimos gratis. Llenos de fe, nos comprometemos en la tarea. Andrés quería que el Pío Socorro fuera una institución humana cuyo nombre revelara su origen divino, para que los niños que allí vivieran pudieran percibir que Dios les enviaba una ayuda real, no sólo bonitos sentimientos, por medio de adultos apasionados y competentes que formaban parte de su Cuerpo.

Permanecemos en el Pío Socorro para mirar a través de sus altas ventanas a los niños que están en su interior y trabajan con seriedad en sofisticados telares⁴³, que cobran vida con una esperanza ruidosa. Andrés los contempla para luego describírselos a la comunidad lionesa y a sus referentes, en quienes busca financiamiento y apoyo: “Chicos que, por la inflexibilidad de su carácter o la violencia de su inclinación al mal, han causado o causan todavía a sus padres grandes disgustos. Unos, de talante superficial e independiente, no quieren aplicarse a ninguna ocupación sedentaria, y vagan por los muelles y las plazas, expuestos a

todos los desórdenes del vagabundeo y a todos los engaños de la ratería. Otros, víctimas de una conducta semejante, acaban de sufrir las penas que quisiéramos evitarles a aquellos. Se trata de presos jóvenes que, después de haber sufrido un tiempo de reclusión más o menos largo, no han encontrado ningún empleo. Sin embargo, merecen la atención especial y los cuidados particulares que se les presta desde hace algún tiempo para llevarles al cumplimiento de sus deberes”⁴⁴.

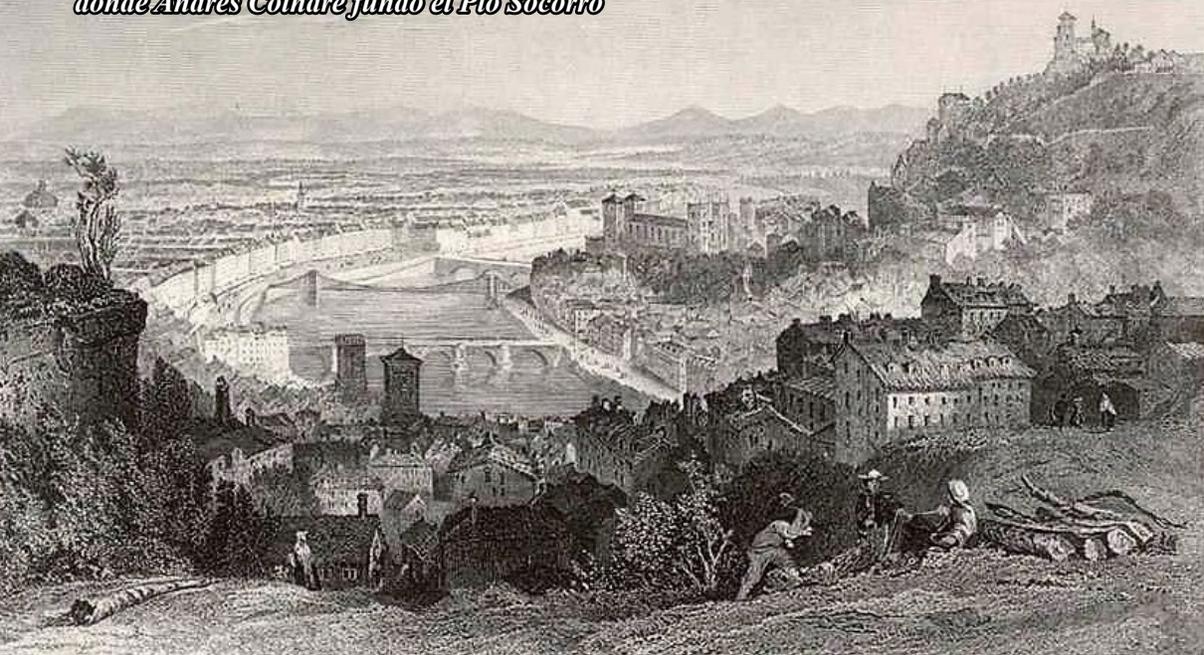
CUATRO JÓVENES

Los investigadores del Centro Internacional Andrés Coindre⁴⁵ han descubierto los nombres e historias de algunos jóvenes, apenas adolescentes, a quienes Andrés conoció personalmente. Contemplémoslos con la ayuda de los bocetos de un artista⁴⁶ y de un retrato en miniatura de los archivos municipales de Lyon.

Jean Corroi tenía doce años cuando su padre, leñador, murió. Su madre, una lavandera sin recursos, lo llevó al Padre Coindre para que pudiera acogerlo. En lugar de las clases comunes de nivel primario, Jean y varios compañeros de su edad se instruían en lectura, escritura, cálculo y religión, al tiempo que aprendían a operar los telares. Trabajaba varias horas al día, produciendo telas para vender. El dinero de su trabajo se ahorraba en una cuenta hasta que terminara sus ocho años de formación, cuando tuviera veinte. De esta manera podría tener tanto una formación como una cuenta bancaria en el momento de su graduación. Jean murió de una enfermedad desconocida antes de completar su contrato. El nombre escrito en el retrato está tomado de una lista en las notas manuscritas del fundador.

Vincent Briançon tenía trece cuando conoció al Padre Coindre. En su ciudad, Annecy, había un fuerte enfrentamiento entre católicos y protestantes. Su padre, ferretero, era un protestante convencido que

*Lyon en el siglo XIX visto desde el barrio de la Croix-Rousse,
donde Andrés Coindre fundó el Pío Socorro*



amenazaba y golpeaba a Vincent, ya que este quería abandonar la fe de su padre para unirse al lado católico de la familia. Pero Vicent era testarudo. Para escapar de la violencia en casa, huyó y se refugió con sus parientes católicos. Cuando su padre fue a buscarlo lo escondieron por cuatro horas dentro de un armario en la sacristía de la Iglesia. Al final, lo disfrazaron de niña para poder sacarlo del pueblo y trasladarlo con otros parientes, hasta que logró llegar a Lyon donde un sacerdote le dio ropa y lo llevó al Pío Socorro. Allí se encontró con otros veinte chicos. Finalmente, la policía rastreó a Vincent y lo devolvió a su familia. Su firma proviene del formulario policial.

Lespinasse. Sólo conocemos su apellido. El nombre que acompaña al dibujo es la letra manuscrita del fundador. El Padre Coindre escribe sobre él en sus cartas; en una de ellas se queja de que le gustaba meterse

en los asuntos de todo el mundo. Lespinasse era un tejedor experto. Enseñaba a otros chicos y hermanos a trabajar con los telares, tecnología punta en 1818, pero era reacio a la disciplina. Una noche se escabulló del dormitorio y estuvo a punto de ser expulsado, pero el Padre Coindre persuadió a los hermanos para que lo mantuviesen, lo corrigieran y se acercaran más a él.

Stéphanie Simon era la más joven de cuatro hermanas cuyos padres murieron cuando era una niña. El Padre Coindre conoció a las muchachas cuando era sacerdote coadjutor en Bourg. Su tutor legal, un tío, no cuidaba a la pequeña, de modo que su hermana mayor se hizo cargo de ella, pero Stéphanie no quería ir a la escuela. Cuando llegó a los quince años ya había asistido a cinco diferentes. Nada funcionaba, así que escribió al Padre Coindre en busca de ayuda. La firma que tenemos proviene de una carta que le escribió, en la que le cuenta una mentira para manipularlo y así abandonar la escuela una vez más para ser una aprendiz. Dos de sus hermanas, que temían por su virtud, se molestaron mucho cuando la hermana mayor cedió ante “Fannie” y la dejó vivir sin supervisión en la parte posterior de una tienda de ropa. El Padre Coindre le pidió a una joven florista que la recibiera y le diera trabajo.

NUESTRA MIRADA ATENTA

Al contemplarlos, pedimos la gracia de ver a estos adolescentes como Andrés y Dios lo hicieron. En vez de estancarse en su comportamiento furtivo, desobediente y ambiguo, o en su incultura e inmadurez, él vio sus posibilidades, a las que llamó “nobles esperanzas”. Al trabajar con ellos, descubrió que el mejor enfoque era evitar tomarse personalmente sus manipulaciones y, en lugar de eso, contemplar sus heridas. Al hacerlo, aprendió que la capacidad que tenían de resistir el dolor era un indicador de su valor más profundo.

Nuestra primera contemplación fue de las heridas de Jesús. El ejemplo de Andrés nos muestra que él no se quedó ahí. Para nosotros, educadores, contemplar las heridas y los sufrimientos de Jesús inevitablemente nos lleva a volver nuestra mirada hacia los gritos de los corazones de los jóvenes: de aquellos espiritual y materialmente rechazados, de aquellos con padres distantes a causa de la muerte o la indiferencia, de aquellos que huyen de la violencia, de aquellos perforados por jeringuillas, de los jóvenes para quienes las imágenes cristianas son símbolos superficiales, nombres de marcas más que iconos de profundas realidades interiores...

La fase activa de nuestra espiritualidad necesita desplegarse en instituciones donde podamos salvar a los Jean Corrois de hoy antes de que pierdan la esperanza y queden desvalidos. ¿Podemos encontrar formas de rescatar a las Stéphanies, alérgicas a las instituciones, que han conocido más indiferencia que amor, así como a los Lespinasses heridos por el contacto con delincuentes? ¿Podemos recibir a los Vincents que huyen de una religión que los amenaza y manipula, o que no frecuentan “establecimientos respetables”? Nuestra espiritualidad, vivida apropiadamente, nos enviará por autopistas y por pequeños caminos a contemplar a los jóvenes necesitados de un santuario que les permita sanar y les brinde una estructura segura para crecer.

LAS CINCO HERIDAS

La *Regla de Vida* nos muestra cinco heridas de los jóvenes para que las contemplemos: ignorancia, abandono, descristianización, miseria e injusticia⁴⁷.

La ignorancia es una herida intelectual. Jean Corroi pertenecía a la generación frustrada por las convulsiones de la guerra revolucionaria. Sin escolarización, sin padre y con una madre dedicada a tiempo completo a un trabajo servil, analfabeto, sin capacitación y por tanto vulnerable

a todo tipo de explotación. Hoy la herida de la ignorancia marca a un número creciente de niños sin escolarizar, a los que han abandonado la escuela y a quienes son víctimas de sistemas de educación deficientes.

El abandono es el fruto de la indiferencia. Crea heridas afectivas como el distanciamiento de Stéphanie, que era una carga para su tutor y un motivo de peleas entre sus hermanas. Hambrienta de afecto, no tenía ningún lugar al que llamar casa y ninguna capacidad para hacer amigos, excepto a través de la manipulación y el coqueteo.

En su discurso de aceptación del premio Nobel, Elie Wiesel, que pasó su niñez en campos de exterminio nazi, dijo: “La indiferencia, para mí, es el compendio del mal. Lo opuesto al amor no es el odio sino la indiferencia. Lo contrario al arte no es la fealdad, es la indiferencia. Lo opuesto a la fe no es la herejía, es la indiferencia. Y lo opuesto a la vida no es la muerte sino la indiferencia. Porque, por la indiferencia, uno muere antes de morir realmente. Estar en la ventana y ver a personas ser enviadas a campos de concentración o ser atacadas en la calle y no hacer nada, eso es estar muerto”⁷⁴⁸.

La descristianización es una herida espiritual que Andrés descubrió en los cuatro adolescentes y que los incapacitaba; con la posible excepción de Vincent, para quien su retorno al catolicismo, en oposición a su padre, constituyó una parte importante de su identidad. La prohibición de la religión, que había sido un grito de guerra para los revolucionarios, dejó a los niños sin una brújula espiritual o moral. La generación actual, a menudo sin educación religiosa en casa, se mantiene alejada de la Iglesia como reacción ante la hipocresía religiosa, ante los pastores que sólo saben criticar y ante los abusos del clero. Muchos jóvenes creyentes sienten la herida de ser ridiculizados por sus compañeros. La descristianización es la hermana gemela del materialismo, un seductor fascinante sin profundidad ni convicciones.

La miseria es una herida material. La palabra tiene también una connotación emocional de infelicidad o tristeza. Nos sentimos miserables por muchas cosas, como la desgracia, la enfermedad o el fracaso. El texto original de la *Regla* está en francés, idioma en el que “miseria” tiene un significado de pobreza material rayano con la indigencia. Jean Corroi y su madre estaban reducidos a la miseria. Hoy la pobreza extrema puede no ser patente en algunos países, pero en todas partes vemos cómo crecen las tasas de mortandad infantil y cómo se expande dramáticamente la brecha entre ricos y pobres. Los niños pobres están heridos por la malnutrición, el desempleo, la migración, el abandono y, como el propio Jean, por la muerte temprana.

La injusticia es una herida social que vimos supurando en el sistema de prisiones de Lyon de un modo opresivo hacia los niños. Otra flagrante injusticia social hacia los niños, que Andrés Coindre buscó combatir, tanto en el Pío Socorro como en los pueblos donde abrió escuelas, era la plaga del trabajo infantil, que privaba a la juventud analfabeta de su derecho a la educación y de su esperanza de un futuro productivo.

LA HERIDA DE LA INJUSTICIA

De esas cinco heridas, la más difícil de sanar es la injusticia. En nuestros doscientos años de historia, hemos realizado algunos esfuerzos heroicos para responder a groseras injusticias. El Sr. Maurice Hartstein, un alumno del Colegio San Luis, institución que sucedió al Pío Socorro, documentó lo que le pasó a él, un chico judío, durante la ocupación de Francia por los nazis en 1942. A los ocho años de edad se encontraba haciendo fila con su abuela para subir a un bus secretamente destinado a Auschwitz, cuando una familia amiga lo ayudó a escabullirse y lo llevó a Lyon. Otro contacto familiar, que vivía cerca del colegio, le pidió al Hermano Vital Freycenet, el director, que recibiera a Maurice para



Al Hno. Vital se le concedió el reconocimiento de “Justo Entre las Naciones”. Su ejemplo nos abre los ojos a las posibilidades heroicas de trabajar por la justicia como educadores

esconderlo y educarlo. Este acto de desobediencia civil de Vital salvó la vida del chico.

“Al aceptarme”, escribió el Sr. Hartstein, “el Hermano Vital asumía un gran riesgo en la ciudad de Lyon ocupada; Klaus Barbie⁴⁹ estaba a cargo de la Gestapo en Caluire. Si me hubieran descubierto, el Hermano Vital también habría sido arrestado. Él era consciente de eso desde el principio. Recuerdo lo conmovido que me sentí el día de su muerte, en febrero de 1945, cuando los estudiantes íbamos pasando en grupos para arrodillarnos junto a su cama y tomar su mano. Todos lo queríamos entrañablemente por su ayuda durante aquellos tiempos difíciles”⁵⁰.

En base a los testimonios de Hartstein sobre lo que le había sucedido, la asociación francesa para el reconocimiento de los *Justos Entre las Naciones* incluyó al Hermano Vital en su *Libro de los Guardianes de la Vida* en diciembre de 2002. El objetivo de este honor, como indica el certificado de reconocimiento, es preservar la memoria de su valor y justicia para las próximas generaciones. La historia del Hermano Vital nos abre los ojos a las posibilidades heroicas de trabajar por la justicia como educadores. Él era un educador al ciento por ciento que dedicó cincuenta y tres años de su vida al Colegio San Luis como prefecto, profesor y director. Tanto él como otros hermanos que en esa época escondieron niños en escuelas de Francia no dudaron a la hora de tomar riesgos en el camino de la justicia, en un tiempo en el que circulaban máquinas de guerra y trenes de la muerte.

Hemos contemplado las cinco heridas de los jóvenes citadas en la *Regla de Vida* y reflejadas en nuestra historia. Lo importante en nuestra espiritualidad es la afirmación de Jesús de que las heridas de los niños y jóvenes son inseparables de sus propias cinco heridas. Ciertamente, no requiere esfuerzo añadir una línea más a las bienaventuranzas que expresa el capítulo 25 de Mateo: “Cada vez que contemplaste las heridas de los últimos entre mis hermanos, contemplaste las mías”.

Lejos de tratarse de un ejercicio inútil, nuestra contemplación de las heridas de los niños es para ellos un signo de esperanza: “¡Al fin alguien se preocupa de lo que me pasa!” “¡Por fin alguien me escucha!” “Encontré un doctor que me pregunta qué me duele”. Carolyn Byers Ruch, víctima de abuso infantil, nos dice lo importante que es reconocer las heridas de un niño: “Tenía sólo cuatro años cuando un adolescente contratado para los trabajos del campo intentó abusar de mí. Milagrosamente me escapé y se lo conté a mi padre que tomó tres decisiones importantes ese día: me escuchó, creyó en mí y actuó. Yo fui una de las afortunadas, pude tener una infancia”.

Jesús quiso entender el sufrimiento del joven epiléptico del evangelio de Marcos, por lo que se tomó tiempo para escucharlo sin asustarse de las historias que contaba su padre⁵¹. “Tráiganmelo... ¿Desde hace cuánto que le pasa esto?” Puso en el centro de su oración las convulsiones del muchacho y luego reprendió a sus discípulos por no hacer lo mismo.

En la Oración del Señor, el Padre Nuestro, Jesús enseña a sus discípulos cómo pedir a Dios lo que ellos necesitan: pan diario, perdón, liberación del mal... En la historia evangélica del muchacho epiléptico, en cambio, les enseña a orar por las necesidades de un muchacho herido. Nosotros, discípulos de la compasión de Jesús, tenemos un interés particular en aprender lo que está intentando enseñar a sus discípulos sobre la oración. Es esto: como somos discípulos activos en el mundo de los niños y jóvenes, una gran parte de nuestra oración debe ser la contemplación de sus heridas y adicciones. Nuestra espiritualidad, que comienza con la contemplación de las heridas de Jesús, funciona con el combustible que recibimos de Dios: la empatía por el sufrimiento de los jóvenes.

CONTEMPLACIÓN EN TRES ETAPAS

La oración por los dolores de los niños y jóvenes que Jesús nos propone en esta historia tiene tres etapas diferentes:

1. En la ventana, contemplamos su sufrimiento personal y el mal social que los hiere.
2. En nuestro lugar de oración, pedimos recibir la gracia de dos tipos de empatía:
 - sentir una conexión profunda con su sufrimiento y
 - experimentar las mismas emociones que Dios siente hacia ellos.
3. En la “ciudad terrena” en la que los encontramos, transformamos nuestra oración en acción:
 - al silenciar nuestra voz y nuestras defensas para escucharlos activamente, y
 - al entrar en su vida y defenderlos de los males que los hieren.

Tal vez este esquema parezca una receta estéril, pero hay una destacada pintura de Caravaggio⁵² que puede darle un poco de vida. El artista pinta una escena muy humana, sin halos o adornos místicos: Jesús resucitado ha contemplado a Tomás y comprende la falta de fe del apóstol y su aislamiento de la comunidad. Entonces, en la misma escena, Caravaggio representa una doble contemplación: la de la herida de Jesús y la de la incredulidad de Tomás. El atuendo andrajoso de Tomás expresa la desgracia que siente por su negativa a creer.

En la escena, Jesús no hace reproches, sino que se encuentra con quien duda en su propia situación. Presenta su herida como un honor, parte de su identidad; conduce la mano de quien duda para que la toque.



Caravaggio nos ofrece un modelo para nuestra contemplación de los niños y jóvenes: No creeremos en ellos a menos que toquemos sus cicatrices y contemplemos la herida de su corazón

El juego de miradas de los tres hombres demuestra la dinámica de la contemplación: sentir curiosidad, sorprenderse, maravillarse y entrar en intimidad. La atmósfera está cargada de una apacible luz que, desde arriba, arroja un brillo de Pascua.

En la escena que sigue a esta en el Evangelio, Jesús se dirige en primer lugar a Tomás y después a nosotros: “Felices vosotros que, sin haber visto con los ojos, habéis contemplado con vuestro corazón y habéis descubierto que la vida nueva pasa a través de una herida, la vuestra y la de los demás”.

Esta obra maestra de Caravaggio nos ofrece un modelo para nuestra contemplación de los niños y jóvenes difíciles. Pongamos a los jóvenes impulsivos en el lugar de Jesús. Nosotros somos quienes dudamos de ellos. No creeremos en ellos a menos que toquemos sus cicatrices y contemplemos la herida de su corazón⁵³.

Aceptar a los niños y adolescentes a menudo implica superar nuestra tendencia al rechazo cuando se comportan mal. Conlleva ir más allá de las conductas que nos causan repulsión. Nuestra espiritualidad nos puede ayudar a evitar definirlos según su comportamiento. El enfoque de Andrés Coindre era evitar tomarse personalmente las poses autosuficientes y, en cambio, contemplar sus heridas. Los comportamientos negativos y los rechazos son la forma en que los adolescentes expresan su sufrimiento. Aceptar a un adolescente como es no significa aceptar su mal comportamiento; lo corregimos, pero al mismo tiempo intentamos descubrir y sanar la herida que esconde.

4

EL HERMANO ALBERTINUS

En la primera contemplación, fuimos testigos de “la manifestación del Sagrado Corazón en la cruz” a través de los ojos de los discípulos amados, Juan y María Magdalena. En la segunda, nos unimos al Hermano Javier para mirar a Andrés Coindre en su contemplación de los jóvenes que languidecían en la prisión-hospicio de l’Antiquaille y en los pueblos del Alto Loira. En la tercera, contemplamos a los jóvenes heridos.

Esta cuarta nos permite echar un vistazo al corazón de un hermano que ejerció como superior general⁵⁴ durante mucho tiempo. No es la duración de su mandato lo que nos llama a conocerlo mejor, sino la profundidad teológica con la que condujo su vida espiritual.

Todas las circulares que escribió el Hermano Albertinus durante su mandato forman una secuencia que profundiza en la espiritualidad del Cuerpo Místico, un tema en el que injertó cada aspecto de nuestra vida religiosa y apostólica. Ha sido el único superior general que ha adoptado un plan global y una visión espiritual, tanto teológica como práctica,



El Hno. Albertinus, que fue superior general de 1937 a 1952, en su juventud debió abandonar Francia para salvar su identidad de profeta

para todas sus circulares. La colección de las mismas es una notable síntesis que debemos tener presente al refinar nuestra espiritualidad de cara a un nuevo siglo de vida.

El primer capítulo de la *Regla de Vida*, cuyo principal autor fue el Hermano Maurice Ratté, hace una alusión, en el tercer artículo, a la piedra angular espiritual del Hermano Albertinus: “Con todos los hombres, somos llamados a la santidad según nuestra particular vocación en el seno del Cuerpo místico”. La *Regla* se refiere nuevamente al Cuerpo Místico en el capítulo dedicado al Sagrado Corazón, en esta oportunidad no en relación con nuestra santidad sino referido a nuestra participación en sus sufrimientos⁵⁵.

Albertinus expresó su aguda conciencia espiritual de estar unido al Cuerpo de Cristo resucitado, no sólo con sus palabras, que son abundantes, sino con la misma historia de su vida⁵⁶. Contemplemos ambas.

EL EXILIO

En los tiempos en que el gobierno masónico de Francia estrangulaba sistemáticamente la libertad de la educación católica, fue aprobada en 1901 la llamada “ley de las asociaciones”. Las congregaciones religiosas no podían continuar existiendo en Francia sin un reconocimiento oficial especial. La ley se aplicó con un rigor inédito y todas las peticiones de autorización fueron rechazadas sin posibilidad de apelar. Los hermanos, entonces, tuvieron sólo dos alternativas: abandonar Francia y marchar al exilio o abandonar su vocación y dirigir escuelas laicas estatales. El Hermano Albertinus, profesor en el noviciado de Paradis, con 23 años de edad, no lo dudó un instante: “Dejaré Francia y salvaré mi vocación”⁵⁷.

A comienzos de 1903 el gobierno ordenó a los hermanos desocupar Paradis. Poco tiempo después, llegó la temida visita del oficial para realizar el inventario en vistas de la subasta pública de liquidación. El Hermano Austin, que era postulante en ese momento, aporta algunos detalles interesantes: “Habíamos sacado apuradamente parte del mobiliario, que escondimos en graneros pertenecientes a amigos nuestros en el pueblo. Lo más difícil de salvar fueron los bancos de la capilla, pues estaban hechos de nogal macizo.

“Los alumnos internos fueron enviados a casa. Un buen número de postulantes y novicios ya habían regresado con sus familias, dado que sus padres nunca considerarían darles permiso para exiliarse. El resto de nosotros, alrededor de veinte, fuimos puestos bajo el cuidado del Hermano Albertinus para prepararnos para nuestro exilio en América. Al acercarse la fecha de partida, se nos dio permiso para despedirnos de nuestros padres y amigos. El mismo Albertinus fue a casa de su familia en el Alto Loira.

“Era bastante normal que su familia usara alguna estratagema para disuadirle de dejar Francia. ‘Es demasiado triste’, repetía su hermana Augustine, ‘verte partir así’. Todos le decían: ‘Fácilmente encontrarás un lugar aquí, quédate con nosotros’. Pero todos esos esfuerzos, en vez de inquietarlo, lo hacían reír. Su respuesta a las súplicas de su propia carne y sangre eran: ‘Los chicos que viajan conmigo no tienen ninguna duda en sacrificar todo. Yo soy como su padre, así que debo dar ejemplo y ser su modelo’. Y retornó resueltamente a Paradis”.

El exilio de los religiosos de Francia era la solución final del gobierno masónico, tras que leyes onerosas de regulación, de impuestos, de persecución y de servicio militar obligatorio no pudieran quebrar la firme resolución de las congregaciones de perpetuar la educación fundada en la fe. Más de cincuenta órdenes en Francia fueron disueltas y sus propiedades confiscadas, incluyendo las iglesias. Cerca de 30.000

Caricatura del ministro *Émile Combes* que ilustra la persecución del gobierno francés a la educación católica. Fue publicada en "Le Pèlerin" en 1902



LE COMBES DE L'ACTIVITÉ DÉVORANTE POUR FAIRE LE MA-

L'OGRE. — Je ne durerai pas, il faut que je me dépêche de faire beaucoup de mal en peu de temp

religiosos y religiosas abandonaron el país⁵⁸. De modo que el Hermano Albertinus y su grupo de veinte, que dejaron su tierra natal en 1903, eran un microcosmos dentro de una caravana multidireccional de religiosos educadores que eligieron su vocación por encima de su patria.

“Cuando regresamos”, continua Austin, “nos quitamos las sotanas y nos pusimos ropas civiles que nos habían comprado en Le Puy. Estábamos todos vestidos con colores diferentes, con predominio del negro. El Hermano Albertinus vestía un traje gris que le quedaba extremadamente grande. Todos sabíamos que no tenía idea de cómo comprar ropa, ni en ese entonces ni después. Quienes íbamos a Metuchen éramos ocho postulantes, seis novicios, dos escolásticos y dos hermanos jóvenes”.

“Debíamos partir de El Havre el 21 de marzo [de 1903]. Tomamos el tren de Le Puy a París, donde nos quedamos dos días en la escuela de los hermanos. Visitamos la ciudad y peregrinamos a Montmartre. El Hermano Albertinus se quedó con nosotros, aunque tenía un primo en París a quien le hubiera gustado mucho visitar. Tiempo después recibió una carta del mismo que decía: ‘Me hubiera gustado mucho verte... Encabezas una columna de refugiados, como un verdadero Moisés que guía a su pueblo a través del desierto a la Tierra Prometida para escapar de la ira del Faraón. Tú, querido primo, has escapado del odio de personas más malvadas que el Faraón’”.

“Después de nuestra visita a París”, continúa Austin, “tomamos el tren para El Havre y abordamos el vapor *La Champagne*, un buque que, comparado con el *United States* o el *Queen*, parecía minúsculo y no tenía ninguna oportunidad de ganar en una carrera transoceánica. Tardaríamos nueve días en llegar a Nueva York”.

“Tuvimos un buen comienzo; el Hermano Albertinus mantuvo una actitud encantadora durante toda la travesía sin dejar que nadie notara su dolor al ser deportado al exilio. El 31 de marzo finalmente atracamos

en Nueva York, donde el Hermano Stanislas de la provincia de Estados Unidos nos estaba esperando para conducirnos a Metuchen⁷⁵⁹.

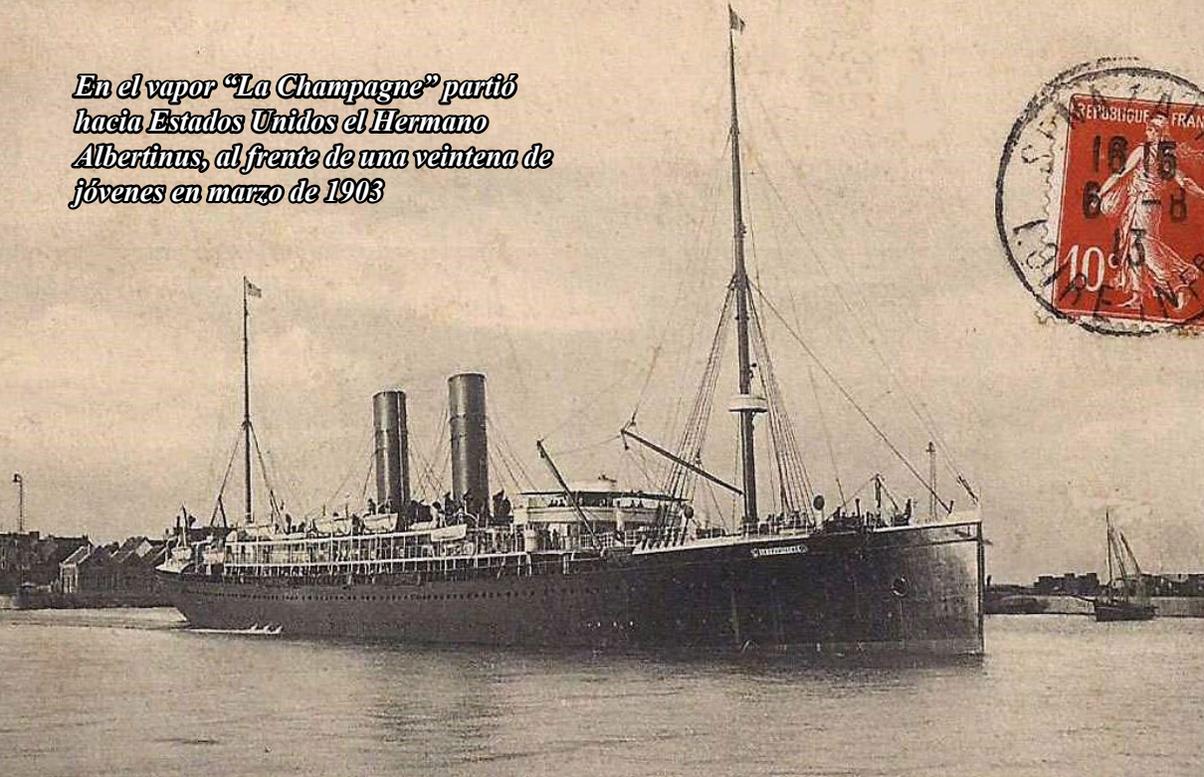
El biógrafo de Albertinus recoge la historia⁶⁰. Inmediatamente, el joven francés comenzó a estudiar inglés bajo la dirección del provincial. Desde el comienzo, los recién llegados se mezclaron bastante bien con los postulantes y novicios estadounidenses. El Hermano Albertinus era el maestro y director de todos. Desde el principio, se entregó generosamente a la tarea de la formación y no ahorró ningún esfuerzo para hacer la vida agradable en su grupo y entre los jóvenes estadounidenses.

Como maestro de novicios también estaba a cargo de los hermanos profesos de la casa. Regularmente tenía entrevistas con los jóvenes en formación; también era consciente de la importancia de dedicar tiempo a escuchar a los hermanos mayores. Destinaba todo el tiempo que cada uno necesitaba para compartir sus dificultades y quejas. Escuchaba con empatía y ofrecía buenos consejos. No siempre es fácil mantener la paz entre los diversos miembros de las comunidades grandes, como Metuchen, sin embargo Albertinus tenía un don para ello.

Los años de la Primera Guerra Mundial, de 1914 a 1918, transcurrieron pacíficamente en Metuchen. No obstante, al principio, algunas discusiones amenazaron con dividir a los hermanos. Albertinus, que sacaba lo mejor de sí en el manejo de situaciones difíciles, convenció a todos de evitar hablar sobre las controversias políticas de la guerra, lo cual fue juiciosamente acatado por la mayoría para mantener la paz en la comunidad.

El año 1921 marcó el centenario de la fundación del Instituto. Los hermanos realizaron una celebración privada en el noviciado el día de la fiesta del Sagrado Corazón. El domingo siguiente dignatarios eclesiales acudieron desde distintos y lejanos lugares para unirse a los hermanos en la celebración del glorioso centenario del Instituto.

En el vapor "La Champagne" partió hacia Estados Unidos el Hermano Albertinus, al frente de una veintena de jóvenes en marzo de 1903



La historia del exilio de Albertinus y su liderazgo espiritual es una etapa decisiva, incluso legendaria, en el viaje espiritual del Instituto. Formado en Chirac, Paradis y Metuchen, su estatura creció cuando desplegó sus alas a lo ancho del Instituto. Tras seis años como provincial, en 1931 fue elegido para el consejo general, con sede en Rentería, en el País Vasco español. Seis años más tarde, el capítulo general lo eligió para el cargo de superior general, que desempeñó con carisma y energía durante los tiempos más difíciles.

Sus quince años al frente del Instituto coinciden con la era fratricida y desmoralizante de la Guerra Civil española y de la Segunda Guerra Mundial, durante la cual el consejo general quedó atrapado en Paradis. En Francia e Italia la lucha se desarrollaba con amargura y desesperanza. Muchos hermanos franceses jóvenes fueron recluidos

en Alemania; otros cincuenta murieron; Francia estaba ocupada. Los oficiales nazis instalaron sus cuarteles en nuestros edificios de Paradis. Las comunicaciones con el Instituto estaban cortadas. Reinaba el desaliento.

Al estar imposibilitado de viajar, Albertinus quedó irónicamente exiliado dentro de Francia. Este segundo destierro lo aisló de los hermanos de cuatro continentes a quienes estaba llamado a animar y unir. No fue hasta 1942 que se las ingenió para cruzar el Atlántico y aliviar la ansiedad de los hermanos, tanto en Norteamérica como en Sudamérica.

UNA ESPIRITUALIDAD PROFÉTICA

La carta que había recibido en 1903, al comienzo de su primer exilio, vuelve ahora a nuestra mente: “Eres un verdadero Moisés...”. ¿No eran aquellas palabras de su primo llamándole profeta, en última instancia, una llamada de Dios?

Cuando anunció “dejaré Francia y salvaré mi vocación”, no era tanto su estado de vida lo que estaba en peligro, sino su identidad como profeta. La Tercera República Francesa exiliaba a las congregaciones educativas porque eran peligrosas para sus valores. Más importante aún, hacían peligrar la separación de Iglesia y Estado y el deseo del gobierno de dirigir un sistema escolar basado únicamente en los principios republicanos. Albertinus no podía concebir purgar de la educación todo lo que tuviera que ver con la fe. No podía verse como instructor en una escuela sin fe o como promotor de una cultura secular. Se resistió y luchó en contra de exiliar a Dios y a la formación espiritual de la escuela.

Al contemplar a Albertinus como un profeta de fines del primer siglo de nuestro Instituto, tenemos mucho que reflexionar sobre cómo desarrollar nuestra identidad de profetas al final del segundo. La única ordenanza del capítulo general de 2012 fue la llamada que Dios nos

hace a ser profetas: “Que todo el Instituto –hermanos, colaboradores en la misión, comunidades locales y educativas– se comprometa, con renovada determinación y en espíritu de conversión constante, a destacar la dimensión profética de su misión”⁶¹.

En su informe al capítulo general de 2018, el Reverendo Hermano José Ignacio Carmona se refirió a nuestra misión profética hacia los niños y jóvenes marginados, que fue un tema recurrente en sus circulares. El capítulo mismo, conducido por el Reverendo Hermano Mark Hilton, nos orientó hacia la historia de Emaús como camino hacia una vida religiosa interpelante. Su ordenanza insistió en la formación continua y en colaboración en torno a nuestro carisma y en una presencia significativa ante los niños y jóvenes, para mantener nuestros corazones ardiendo.

Aquí, en una reflexión sobre nuestra espiritualidad, no es el lugar apropiado para explorar las decisiones prácticas que nos permitan vivir esa ordenanza en nuestra misión. A tal fin, el capítulo llevó a cabo un proceso de discernimiento. Este es el lugar de considerar los dones de fe y oración que debemos pedir para ser capaces de imaginar y aceptar nuestra vocación profética. El capítulo general dijo que nuestra misión lo será solo si nace de una profunda experiencia de Dios y de la conciencia de que Dios está realmente a nuestro lado⁶².

SOMOS LA COMPASIÓN DE CRISTO

Por suerte tenemos al Hermano Albertinus para ayudarnos a ser profetas. Al buscar un mensaje que pudiera traer consuelo y unidad al Instituto en tiempos de ruptura y caos, él se nutrió de San Juan Eudes y de la escuela francesa de espiritualidad para poder difundir en el Instituto la rica teología del Cuerpo Místico de Cristo.

Hay dos pilares de dicha teología que pueden ayudarnos a adquirir una espiritualidad profética. El primero es que nosotros, en toda nuestra diversidad, somos el único Cristo. Albertinus quería que entendiéramos esto: en la maravillosa variedad de dones en el Instituto y en la Iglesia, encarnamos el cuerpo de Cristo después de la resurrección. Somos una prolongación espiritual del cuerpo resucitado de Cristo: “Por medio de un divino e inefable vínculo estamos unidos con los demás y con la Cabeza Divina del Cuerpo entero”⁶³.

Él quedó fascinado al descubrir que Cristo tiene necesidad de nosotros como sus miembros, que rezan y actúan en el mundo. Cristo ha resucitado en nosotros, fuera de nosotros no existe Cristo resucitado. Es un profundo misterio y un tema inagotable de meditación. Que Jesús salve a los niños y jóvenes depende de las oraciones y acciones que nosotros, como sus miembros, realizamos.

El punto clave de la imagen del Cuerpo Místico es que nos revela el plan de Dios para unificar una increíble diversidad. Acoger esta gran variedad en el círculo interno de nuestros equipos de misión es un elemento esencial de nuestra espiritualidad. Nuestro Instituto tiene una misión: la evangelización por medio de la educación de los niños y jóvenes⁶⁴. Durante la época de Albertinus esa misión era responsabilidad casi exclusiva de los hermanos. Hoy, en cambio, la responsabilidad de nuestra misión es compartida con un cuerpo místico de adultos de muchos estados de vida y afiliaciones religiosas. La incorporación en el Cuerpo Místico de Cristo significa que todos están incluidos, no sólo en una misión común sino también en una espiritualidad común.

Albertinus halló coraje profético para separarse de su patria cuando esta se distanció del evangelio. Más allá de nuestra misión hacia los niños y jóvenes, su ejemplo nos invita, como ciudadanos adultos, a elegir la evangelización antes que el patriotismo. Nos involucramos en el diálogo político de nuestra nación como voces de los valores del Evangelio,



La teología del Cuerpo Místico de Cristo nos enseña que nosotros somos hoy el corazón de Dios en el mundo. Alumnos y docentes del Colegio Corazonista de Bogotá, Colombia

más que como miembros de un partido político o movimiento. Nuestra primera ciudadanía es nuestra pertenencia al Cuerpo de Cristo. El ejemplo de Albertinus también nos llama a resistir ante los falsos valores del secularismo y del materialismo guiado por el consumo, que es tan poderoso en nuestras democracias.

Además de la unidad como Cuerpo de Cristo, hay una segunda verdad que valorar en las circulares de Albertinus: así como nuestros miembros físicos, nuestra mente, corazón y voluntad, son intrínsecos a nosotros y no actúan de manera independiente, del mismo modo cada uno de nosotros, de forma personal, está unido a Cristo. Somos intrínsecamente Cristo, que no actúa de manera independiente a nosotros. Cristo sólo siente compasión a través de nosotros, su cuerpo en la tierra es el nuestro. Un dominico irlandés, Donagh Oshea, expresa esta verdad

con una frase muy sencilla: “Cuando Jesús dice ‘yo’, de algún modo también nosotros estamos en escena”.

¿De qué parte del Cuerpo somos miembros? Jesús fue conocido durante toda su vida como un profeta⁶⁵. La esencia de un profeta es sentir y hablar en nombre de Dios. Como profetas, nuestra espiritualidad del Sagrado Corazón nos conecta con la vida emocional de Dios encarnado en Jesús, que ahora resucitado permanece en nuestros corazones.

Tomar esa perspectiva significa que, cuando oramos, no deberíamos imaginarnos caminando al lado o detrás de Jesús. O adorarlo como a un ser separado de nosotros o distante. O como si alternativamente entráramos y saliéramos de su presencia. En lugar de eso, queremos sentirnos atrapados en el misterio mismo de estar conectados al corazón de Jesús resucitado.

El tipo de oración profética que el capítulo general de 2012 propone es aquella que “nace, pues, de la proximidad de un Dios lleno de compasión que padece (sufre) con sus hijos e hijas que sufren”⁶⁶ debido a la distancia que los separa de Él. Para orar como auténticos discípulos del Sagrado Corazón, miembros del Cuerpo de Cristo, conectados de corazón a corazón con Dios, necesitamos pedir una conciencia profética que nos permita sentir como Dios siente. La acción surge después.

Como bautizados, miembros del Cuerpo de Cristo, asumimos la espiritualidad de la ventana de nuestros antepasados. Imploramos a los discípulos amados y a nuestro profético fundador que nos den ejemplo y fuerza, así como a nuestros Hermanos Javier, Albertinus y Maurice; para que nos muestren cómo hacer crecer nuestros corazones hasta ser como los suyos, mientras continuamos la contemplación que ellos pusieron en movimiento perpetuo.

PEDIMOS A JESÚS SER LA PRESENCIA HUMANA DE SU CORAZÓN DIVINO, LLENOS DE EMPATÍA Y PASIÓN POR LOS NIÑOS Y JÓVENES, ESPECIALMENTE LOS HERIDOS.

ORACIÓN DESDE EL DESEO PROFÉTICO⁶⁷

Señor, tú vuelves tu rostro hacia la humanidad y tu corazón siente por ella.

Dependes de nuestra voz y corazón humanos para expresar tus sentimientos.

Generación tras generación, pones tu voz en los profetas que eliges, que sienten como tú sientes, para expresar la agonía silenciosa, para dar voz a los pobres despojados, para denunciar las riquezas profanas del mundo. Cuando nos llamas a la profecía quieres que permanezcamos en oración, en la intersección donde se cruza tu corazón y el nuestro. Quieres verter tus sentimientos en nuestros corazones.

Ayúdanos a entender que tu corazón está ciertamente lleno de sentimientos, que tú eres más sensible emocionalmente que el más sensible de nosotros. Cuando te conmuevas y te afecte lo que sucede en nuestro mundo y quieras actuar, abre nuestros corazones y modela nuestras palabras para que actúen en tu nombre. Danos un corazón para hablar, no de lo que nosotros sentimos, sino de lo que guardas en tu corazón.

Te alabamos por tu ternura amorosa. ¿Y no está tu amor lleno de emoción? Expresa, a través de nosotros, no sólo tu amor por quienes están perdidos, sino también tu ira contra el mal, tu júbilo y la angustia de tu dolor. Visítanos con tus divinas emociones y tus sueños para la vida que nos ofreces.

Por siempre, oh Señor, has querido involucrarte emocionalmente con la historia humana, con todo el dolor que pudiera implicar en tu corazón.

Que nuestra vergüenza sobre nuestras propias emociones nunca te impida mover nuestro corazón o usar su voz. Que podamos, como tus profetas para esta generación, ser suficientemente libres para dejarte hacer y decir a través de nosotros lo que quieras.

Cuán a menudo, Señor, nos has dicho: “Mis caminos no son vuestros caminos, y mis pensamientos no son vuestros pensamientos”. Enséñanos tus caminos. Ayúdanos a identificarnos, como tú lo haces, con el gemido constante de la humanidad herida, así como con sus alegrías y esperanzas.

Sintoniza nuestras emociones con las tuyas. Haznos profetas capaces de transformar tus preocupaciones y angustias en nuestras propias preocupaciones y angustias. Conéctanos contigo de corazón y haznos capaces de vibrar conforme el ritmo de tu enojo hacia los arrogantes y de tu amorosa compasión hacia los pequeños.

NOTAS

- 1 *El Hermano Maurice fue elegido primer asistente del Hermano Jules Ledoux, posteriormente fue elegido superior general en 1970 y nuevamente en 1976. Su mandato terminó en 1982, cuando le sucedió el Hermano Jean-Charles Daigneault.*
- 2 *El gran noviciado era una sesión internacional de renovación espiritual de nueve meses para hermanos profesos perpetuos.*
- 3 *Archivos A11.059. Junio de 1963 (mientras se estaba desarrollando el Concilio Vaticano II)*
- 4 *En el Corazón de Cristo (30 de septiembre de 1978)*
- 5 *En el Corazón de Cristo, 49*
- 6 *En español: La caridad perfecta*
- 7 *Perfectae caritatis, 5*
- 8 *Anuario 33, p. 56*
- 9 *Constituciones y Reglas del Instituto de los Hermanos del Sagrado Corazón (Vitoria 1959), Primera parte artículo 1*
- 10 *Lumen gentium, noviembre de 1964*
- 11 *Declaración sobre la libertad religiosa, Concilio Vaticano II, 1965: “Quiera Dios, Padre de todos, que la familia humana, mediante la diligente observancia de la libertad religiosa en la sociedad, por la gracia de Cristo y el poder del Espíritu Santo, llegue a la sublime e indefectible ‘libertad de la gloria de los hijos de Dios’» (Rom., 8, 21).*
- 12 *Ormand Rush, Conversión eclesial después del Vaticano II (Sociedad Teológica Católica de Estados Unidos: Actas de 2013), p. 68*
- 13 *Gaudium et spes, Constitución sobre la Iglesia en el mundo moderno (1965), 1*
- 14 *En el Corazón de Cristo, 8*
- 15 <https://cruxnow.com/global-church/2017/01/26/cardinal-etchegarays-retirement-means-end-era/>
- 16 *Capítulo general de los Hermanos del Sagrado Corazón (Roma, enero de 2001), Señor, ¿cuándo te vimos?, p. 4*
- 17 *En el Corazón de Cristo, 2*
- 18 *Los eruditos en el Evangelio y en las cartas de Juan no están seguros de si Juan el Evangelista, Juan el Apóstol y el discípulo amado son una o más personas. Aquí seguimos al Hermano Maurice. Los estudiosos tienen más certeza de que el discípulo amado, que fue testigo de la crucifixión, es el mismo que escribió la primera carta de Juan. En su circular, el Hermano Maurice no hace mención de María Magdalena, seguramente porque estaba presentando un modelo masculino para los hermanos. Los eruditos no tienen dudas de que la Magdalena estaba al lado del discípulo amado, de que ejercía un liderazgo entre los discípulos de Jesús y de que fue la primera persona a quien se apareció Jesús resucitado.*
- 19 *Lucas 8, 1-2*
- 20 <https://www.independent.co.uk/news/world/middle-east/mary-magdalene-feminism-metoo-jesus-disciples-apostle-christianity-judaism-pope-francis-vatican-a8281731.html>

- 21 Cf. *En el Corazón de Cristo*, 2; *Juan 19*, 34-35; *Regla de Vida*, 114
- 22 *Juan 19*, 35 es el único momento en el Nuevo Testamento donde el autor habla directamente al lector para confirmar que un hecho narrado es realmente histórico.
- 23 *1 Juan 1*, 1-3
- 24 William A. Jurgens, *La Fe de los Primeros Padres*, vol. 1 (Collegeville MN, 1970), p. 107
- 25 *Notas de Predicación*, pp. 234-236, Manuscrito 23
- 26 *New York Times*, 5 de noviembre de 1982
- 27 *En el Corazón de Cristo*, 7
- 28 *Juan 20*, 1-18
- 29 *Juan 20*, 23
- 30 *Lucas 1*, 77 - Cántico de Zacarías
- 31 Comisión Teológica, *Jesucristo, Palabra del Padre*, 1997, p. 99
- 32 *Nacido en 1672*
- 33 <http://www.eudistes.fr/bibliotheque-texte-eudiste/item/236-saint-jean-eudes-un-itineraire-spirituel-vers-le-coeur-de-jesus>, octava etapa
- 34 Su nombre era Guillaume Arnaud. Andrés Coindre lo reclutó como capataz y mentor de los niños que estaban aprendiendo el oficio de la seda. Posteriormente le invitó a ser el primero de los hermanos que formarían una comunidad religiosa dentro de la providencia Pío Socorro.
- 35 *Hermano Javier [Guillaume Arnaud]*, *Memorias*, Roma, 1995
- 36 Publicado en 2018, bicentenario de la fundación del Pío Socorro
- 37 Roma, 1987
- 38 *Ribaut*, *Anuario 96*, p. 9-10
- 39 *Ibid.* p. 12
- 40 *Prospecto del Pío Socorro de 1818*
- 41 *Notas de Predicación*, p. 85
- 42 *Anuario 96*, p. 7
- 43 <https://www.youtube.com/watch?v=OlJns3fPItE>
- 44 *Prospecto del Pío Socorro de 1818*
- 45 *Los Hermanos Marius Drevet y Louis-André Bellemare*.
- 46 *El Hermano Roger Bosse*
- 47 *Regla de Vida*, ver el *Preámbulo* y los artículos 11, 82, 85, 150
- 48 *US News & World Report*, 27 de octubre de 1986
- 49 Conocido como “el carnicero de Lyon”
- 50 *Archivos de la Casa General*, Roma
- 51 *Marcos 9*, 14-29

- 52 *Michelangelo Merisi da Caravaggio, La Incredulidad de Santo Tomás, 1602*
- 53 *Juan 20, 25*
- 54 *El Hermano Albertinus (Juge) fue electo en marzo de 1937 como superior general y ocupó el cargo hasta 1952. Su primer mandato se extendió tres años dado que el capítulo general no podía reunirse debido a la Segunda Guerra Mundial.*
- 55 *Regla de Vida, 117*
- 56 *Anuario 54, p. 7-21*
- 57 *Anuario 54, p. 18*
- 58 *cf. Patrick Cabanel, El gran exilio de las congregaciones educacionistas a comienzos del siglo XX, Revisión de la historia de la Iglesia en Francia, pp. 207-217 (<https://www.persee.fr/collection/rhef>)*
- 59 *Metuchen, New Jersey, a treinta millas de New York, era la nueva casa de formación de la Provincia de Estados Unidos, después de que la "colonia americana" se dividiera en dos provincias en 1900. El noviciado canadiense estaba en Arthabaska.*
- 60 *Anuario 54, p. 9*
- 61 *Capítulo general de los Hermanos del Sagrado Corazón (Roma, abril-mayo de 2012), Una llamada a una misión profética, p. 16*
- 62 *Ibid., p 21*
- 63 *Circular del Hermano Albertinus, Somos el Cuerpo de Cristo, 1938*
- 64 *Regla de Vida, 13*
- 65 *Mateo 21, 11*
- 66 *Una llamada a una misión profética, p. 21*
- 67 *Basada en una reflexión de Abraham Heschel en Los Profetas.*



EL AUTOR: HNO. BERNARD COUVILLION

El Hermano Bernard Couvillion nació en Nueva Orleans (Luisiana, Estados Unidos), el 31 de agosto de 1946. Ingresó con catorce años en el juniorado de los Hermanos del Sagrado Corazón en 1960, en Daphne (Alabama). Su noviciado (1964-65) fue en Belvidere (Nueva Jersey), al finalizar el cual realizó sus primeros votos. Durante el período del escolasticado, de 1965 a 1968, se graduó en Inglés y Estudios Pastorales.

Después de algunos años como profesor de inglés en Nueva Orleans, en 1975 fue designado director de la formación de los aspirantes a hermanos en Estados Unidos. Al mismo tiempo, de 1979 a 1982, fue miembro de la comisión internacional que revisó el texto de la Regla de Vida de 1970.

Después de seis años como consejero provincial en Nueva Orleans, fue nombrado superior provincial en 1988, cargo que ocupó hasta 1994, cuando fue elegido superior general. Posteriormente, fue reelecto para un segundo mandato de 2000 a 2006. En sus doce años de generalato sus circulares tuvieron un gran impacto en todo el Instituto. En ese período en Roma también fue miembro de la junta directiva de la Unión de Superiores Generales, durante siete años.

En el presente, dedica su tiempo al servicio pastoral en el Colegio San Estanislao, en Bahía San Luis (Misisipi). Recientemente publicó la historia de los superiores generales de 1952 a 1988.

Ama la Regla de Vida y considera que haber participado en su redacción y en la difusión de su mensaje es la gracia más especial de su vida como hermano. Continúa animando diferentes sesiones formativas para hermanos y colaboradores laicos sobre la Regla y su espiritualidad.

PUBLICACIONES PREPARATORIAS DEL BICENTENARIO

Etapa	Cuaderno	Tema	Autor	Fecha de publicación
I. Mirar al pasado con gratitud	1	El P. Andrés Coindre	Hno. René Sanctorum (Francia)	30 de septiembre de 2018
	2	El Vble. Hno. Policarpo	Hno. Jesús Ortigosa (España)	30 de abril de 2019
II. Vivir el presente con pasión	3	Espiritualidad del Corazón de Jesús	Hno. Bernard Couvillion (EEUU)	30 de septiembre de 2019
	4	Pedagogía de la confianza	Hno. Stéphane-Léon Sané (Senegal)	30 de abril de 2020
III. Abrazar el futuro con esperanza	5	El hermano del Sagrado Corazón en el futuro	Hno. Jean-Paul Valle (Colombia)	30 de septiembre de 2020
	6	El carisma compartido	D. John Devlin (EEUU)	30 de abril de 2021

ÍNDICE

Introducción: la ventana	3
1. Los discípulos amados, Juan y María Magdalena ...	14
2. Andrés Coindre y el Hermano Javier	25
3. Jean, Vincent, Lespinasse y Stéphanie	36
4. El Hermano Albertinus	51
Oración desde el deseo profético	64
Notas	66
El autor: Hno. Bernard Couvillion	69
Publicaciones preparatorias del Bicentenario	71



HERMANOS DEL SAGRADO CORAZÓN

CASA GENERAL
PIAZZA DEL SACRO CUORE, 3
00151 ROMA ITALIA

WEBCORJESU.ORG